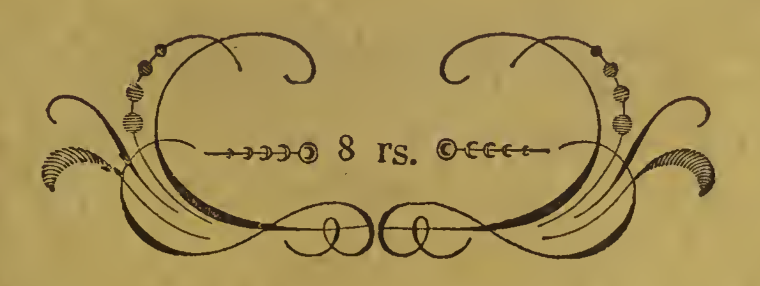
CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCIÓN DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



MADRID:

RIOS, Calle de Carretas. | CUESTA, Calle Mayor.

IMPRENTA DE FORTANET, GREDA 7.

PROPIEDAD.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señalada, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art. 10 del Reglamento del Teatro Español de 7 de febrero de* 1849.

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art* 11.

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art.* 12.

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda.» *Idem art.* 13.

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el mínimum la mitad.» *Art.* 59 *del decreto orgánico de Teatros del Reino, de 7 de febrero de* 1849.

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art.* 60.

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art.* 78.

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 81.

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 82.

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.ª Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el prévio consentimiento del autor.

2.ª Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de 10 de junio de* 1847, *art.* 17.

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin prévio consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni esceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem. art.* 23.

EL DOS DE MAYO.

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

por los señores

D. MANUEL SANTANA,

D. Francisco de Paula Montemar

Y

D. CEFERINO SUAREZ BRAVO.



MADRID:—1848.

Imprenta de D. L. Cordon; calle del Molino de Viento, número 33.



PERSONAS.

ELENA.
ROSA.
DAOIZ. *Capitan de artillería.*
VELARDE. *Id.*
D. PEDRO, *gobernador del parque de Monteleon.*
BARBIERI, *teniente italiano al servicio de España.*
PIETRO, *espía.*
EL TIO REMACHA.
MANOLO.
EL TIO ROMERO.
RILTON, *asistente francés.*
VERDULERA.
CARNICERA.
UN HOMBRE DEL PUEBLO.
UN ORDENANZA.
UN SARGENTO.

ACTO PRIMERO.

Sala de paso en el parque de Monteleon. Cinco puertas: la que hace frente al espectador, de cristales. Mesas y sillones.

ESCENA I.

ELENA, ROSA Y D. DIEGO, *que salen por la primera puerta de la izquierda. Es de noche. Rosa viene delante alumbrando con una bugía.* D. DIEGO *conduce de la mano á* ELENA *que parece triste y preocupada.*

DIEGO. En breve mi voluntad
sabrás, y entonces.....
ELENA. No espero
de vos ningun desafuero.
DIEGO. Solo en tu felicidad
pienso.
ELENA. Mi amor sin embargo....
DIEGO. No se aviene á lo que es justo.
Por correr tras de su gusto,
las niñas no se hacen cargo
de que Dios ha relegado
en los padres el poder,
para dar á la muger
marido segun su agrado.
Y de acceder Dios me guarde
á ese amor que te encapricha.
ELENA. Pero Velarde....
DIEGO. ¿Que dicha
te prometes con Velarde?

ELENA. De su talento, experiencia
no teneis?

DIEGO. Un militar
solo en sabér pelear
debe demostrar su ciencia.
Tan sabio como discreto
le juzgo: mas no es lo mismo
que luchar con heroismo,
guardar prudente un secreto.
Cuando el francés insolente
triunfa y goza en nuestro agravio,
para tí un marido sábio
no quiero, sino un valiente.
Quiero un bravo militar
que sabiendo amar, no menos
morir sepa entre los buenos
si tocan á pelear.
¿Y daréte á quien no tiene
ni un miserable rasguño?
Por vida del rey D. Nuño,
que no ha de ser, aunque pene
bajo el látigo de un bey,
mi yerno ni tu marido,
quien su sangre no ha vertido
por su Dios ni por su Rey.

ROSA. Buena razon.

ELENA. Padre amado!
(Arrojándose á sus pies.)

DIEGO. Qué estoy mirando? *(A Elena.)*
Qué escucho? *(A Rosa.)*
Elena....? Rosa....? Ya mucho
me teneis puesto en cuidado.
Por qué, responde, á mis plantas
te arrojas? *(A Elena.)*

ELENA. Padre!

DIEGO. Por qué *(A Rosa.)*
tan allá tu lábio fué,
que á criticar te adelantas
mis palabras? Graves males
me dais á entender las dos;
porque estas son, vive Dios,

de complicidad señales.

ROSA. Yo, señor.....

DIEGO. Silencio, y sal
de aquí al momento.

Rosa hace un gesto de desagrado: deja la luz sobre una mesa y se vá.

ESCENA II.

DON DIEGO Y ELENA.

DIEGO. Ahora, Elena,
la causa que te enagena
quiero saber. Pesia tal!
que tanto llorar me enfada!
Y por qué?

ELENA. Mi amor.....

DIEGO. Ni un punto
se trate ya de este asunto.
Dige que no, y no me agrada
que se nombre en mi presencia
otra vez al capitan.

ELENA. Lo haré así, mas que este afan
ponga fin á mi existencia.

DIEGO. ¡A tu existencia! Al infierno
antes vaya tu pasion:
á vencer tu corazon
no basta mi amor?

ELENA. Eterno
el volcan que en mis entrañas
arde, extinguirse no puede,
si antes mi vida no cede.

DIEGO. Me sorprendes y te engañas.
Nunca en tus lábios he oido
palabras tan altaneras.
¿Que felicidad esperas,
Elena, dando al olvido
la obediencia que á tu edad
exige la inesperiencia?

ELENA. Y daráme esa obediencia
tal vez la felicidad?

DIEGO. Elena!

ELENA. Padre!

DIEGO. Por grados
mi dolor crece y mi furia:
¿cuándo á mirar tal injuria
mis ojos acostumbrados
están?

ELENA. Profundo respeto
me mereceis; padre mio.
No os injurio si os confio
de mi pesar el secreto.....
Ya no es tiempo de callar.....
Adoro á Velarde.

DIEGO. Elena!

ELENA. Esas, señor, de mi pena
son las causas.

DIEGO. ¿Y escuchar
pude hasta el fin tus acentos?
Y es el padre que te adora,
quien por tí sufre, traidora,
con tan libres pensamientos?
¿Y no temes mi furor?

ELENA. Teneis á todo derecho;
á todo; mas no del pecho
para arrancarme mi amor..!

DIEGO. Hija del alma, mi pena
mira, y mi mal compadece.
Respuestas de tí merece
tan duras tu padre, Elena?

ELENA. Ya os he dicho cuanto siente
mi alma!

DIEGO. Basta; sería
rogarte mas, cobardía....
Yo buscaré al imprudente
que á mi amor y á mi obediencia
te roba.

ELENA. Padre querido!
sola yo culpable he sido,
dando sin vuestra licencia
mi amor á Velarde.

DIEGO. Dios

sabrá quien es el infiel.....
Mas ay de tí! Ay de él!
Infelices de los dos!
Nunca á verle volverás.....
Y mañana.....

ELENA. Cielo santo! (*Aparte.*)

DIEGO. Mañana con nudo santo
serás de otro hombre.

(*Vase por la puerta primera de la izquierda.*)

ELENA. Jamás.

(*Levantándose con resolucion.*)

ESCENA III.

ELENA *sola.*

De otro hombre? El alma mia
nunca á mi amor será infiel!
Infiel, cuando adoro en él
con violenta idolatría.
Nunca Velarde existir
podré lejos de tu lado!
Mi presente y mi pasado
es tuyo y mi porvenir.
Si de aquí te arrojan, no,
no irás solo; si es tu suerte
correr por mi hácia la muerte
delante de tí iré yo.
Y si en mil trozos partido
pierde mi pecho su calma.
en cada trozo del alma
irá tu nombre esculpido!
Tuya ó de nadie!.. Mas!.. Cielos!..
no he recibido un papel
bastante á poner con él
fin á mis tristes desvelos?...
Aquí está. (*Lo saca y lee.*)
«Quien por vos siente
la mas viva simpatía
en libertaros confia

del riesgo mas inminente.
Si mayor revelacion
quereis lograr, que el postigo
dé hoy paso franco á un amigo
que os verá en Monteleon.»
Harto mi mal presintió
quien tal carta me ha enviado!
Harto pronto realizado
miro el mal que me anunció!
Mañana (en tono resuelto
dijo mi padre) serás
de otro hombre... Ah! no, jamás!
Pues que Velarde no ha vuelto
desde la pasada tarde
al parque, mi obligacion
es en tan fuerte ocasion
luchar por mi y por Velarde.
Hablar á un hombre en secreto
para mí desconocido
yerro es tal vez... pero olvido
de este paso lo indiscreto,
cuando sin cesar me grita:
mi pecho con voz tirana:
de otro hombre serás mañana.
Rosa? Rosa?

ROSA. Señorita? (*Saliendo.*)

ESCENA IV.

ELENA Y ROSA.

ELENA. Rosa me amas?

ROSA. Me gusta
la pregunta!... Con mi vida.

ELENA. Y podré mi confiianza
poner en ti?

ROSA. Cosa es fija...

ELENA. Mi padre...

ROSA. Si á revelarme
vais que se opone á la dicha
de vuestro corazon, podeis

ir mas allá, Señorita.
Lo sé.

ELENA. Cómo?

ROSA. Fácilmente.
Quedándome quietecita
tras de esa puerta entre tanto
que D. Diego, lagartijas
y sapos y culebrones
echaba por las encias.
Ahora bien. ¿Qué hacer pensais?
¿Para qué fué mi venida?

ELENA. Rosa, tu eres mi hermana
de leche.

ROSA. Buena noticia:
Diez y ocho años y meses
há que lo sé, Señorita.
Pero hermana, criada ó diablo
que por vos diera la vida
para qué puedo serviros?

ELENA. Es necesario... Me quita (*Aparte.*)
el rubor la confianza.

ROSA. Qué es ello? Dar una cita
al Capitan mientras tanto
que el viejo pasa revista
mañana á los voluntarios
del Estado?

ELENA. No.

ROSA. De vigía.
estar mientras que mañana
del Capitan la visita
recibis?

ELENA. No.

ROSA. O emborrachar
al portero... ó en la cocina
cuidar de que la tia Blasa
no se mueva de la hornilla?

ELENA. Nada de eso... Es que esta noche...

ROSA. Ola! esta noche?

ELENA. Queria...

ROSA. Escribir al Capitan
lo que ha dicho el estantigua

de vuestro padre? Lo apruebo.
Escribid. La cuenta es mia
de que llegue á su destino
la carta.

ELENA. Para mas crítica
comision te he destinado.

ROSA. Mandad.

ELENA. Rosa, me precisa
ver esta noche aquí á un hombre.

ROSA. A un hombre?
Al diablo mi cita (*Aparte.*)
se fué ya.

ELENA. Si: á un amigo.

ROSA. Por supuesto: ¿quién habia
de ser sino el Capitan?
(*Aparte.*) Menos malo! él que de vista
conoce ya á mi Manolo
aunque lo encuentre...

ELENA. ¿Te admira
mi resolucion? Pues mucho
mas lo harás cuando te diga
que no es el Capitan á quien
vas á franquear la antigua
puerta del parque.

ROSA. Qué oigo?

ELENA. Toma esta llave. (*Dale una.*)

ROSA. ¡La misma (*Examinándola.*)
que vuestro padre en D. Pedro
por su lealtad deposita!

ELENA. Así al marchar, en mis manos
dejó nuestras entrevistas.
Con ella franco el postigo
has á un hombre, que en la esquina
debe encontrarse aguardando...
Tráele aqui.

ROSA. Mas, Señorita!..

ELENA. Si me amas, obedéceme:

ROSA. Yo os amo, pero...

ELENA. Replicas?

ROSA. Pobre Manolo! Hoy te vas (*Aparte.*)
como viniste.

ELENA. Mi vida
pende de tu diligencia...
ROSA. Siendo asi ya no vacila
mi amor... Voy por ese hombre.
Mi audiencia será otro dia. *(Se va por la segunda puerta de la derecha del actor.)*

ESCENA V.

ELENA, *escuchando por la puerta de la escalera.*

ELENA. Ya se aleja... De sus pasos
ningun rumor hasta arriba
llega ya... Desgracia ha sido
que en circunstancias tan críticas
los consejos de Velarde
me falten. Quizas con ira
mi resolucion condene!
Mas ¿qué importa? si la dicha
ási aseguro de ambos,
y es toda la gloria mia?

ESCENA VI.

ELENA, Y VELARDE *que sale por la segunda puerta de la izquierda.*

VELARDE. ¿Elena?
ELENA. Cielos, Velarde!
VELARDE. Te asombra, Elena, mi vista?
ELENA. No, Pedro, no, en tu presencia
mi pecho de amor palpita
se anublan mis ojos, tiembla
de placer el alma mia,
pero ocnltarte no puedo
que ausente te suponia
de Monteleon.
VELARDE. Tu padre
me entregó esta tarde misma

de una comision secreta
las instrucciones precisas.
A este fin, y á otro que tú
comprenderás, se me priva
de volver al parque.

ELENA. Nunca?....

VELARDE. Cuando tú solo lo exijas
quebrantaré mi obediencia.
Para eso en tus manos lindas
puse la llave que hacerme
puede feliz... y mitiga
tu enojo, si he quebrantado
hoy esta regla: ¿podias
recibir de mis desgracias
de otra manera noticias?
Mas no sé si revelarme
contra mi suerte, es justicia,
pues á mi destino debo
hoy Elena, la alta dicha
de pasar toda la noche
junto á mi bien!

ELENA. Y mi cita? (*Aparte.*)
Y el hombre que venir debe
dentro de poco?

VELARDE. ¿Qué miran
mis ojos? La color pierdes!
tiemblas! ¿Por qué distraida
te observo? ¿Por qué así inquieta
estás? Responde...

ELENA. Perdida (*Aparte.*)
soy sin remedio. Porque (*Alto.*)
tengo que darte noticias
funestísimas. Probemos (*Aparte.*)
á decirle...

VELARDE. Funestísimas?

ELENA. Mañana seré la esposa
del hombre á quien me destina
mi padre.

VELARDE. Cielos!

ELENA. Al menos
así en su tremenda ira

me lo ha anunciado esta noche.

VELARDE. Perderte, Elena, seria
superior á cuanto puede
sufrir mi alma. .

ELENA. Me animan
esas palabras... Qué á tanto
llega tu pasion?

VELARDE. La vida,
sin ti una pesada carga,
mi condenacion seria.
Padre, hermanos, ¿qué me importa
todo, si de ti me privan?

ELENA. ¿Y á todo te hallas dispuesto?

VELARDE. Ningun poder me intimida,
ni obstáculo, ni trabajo,
ni peligro.

ELENA. Pues perdidas
no llores tus esperanzas.

VELARDE. ¿Qué dices?

ELENA. Lo que te esplica
mejor esta carta... en ella
la proteccion mas cumplida
se nos ofrece.

VELARDE. Que yo (*Despues de leer*)
rechazo.

ELENA. Pues no decias
hace poco?..

VELARDE. Que á vivir
si es fuerza renunciaria
por tu causa. Pero hay
en tan misteriosa cita
promesas que un caballero
nunca, Elena, admitiria.
La accion agradezco, mas
ya que conozco la cifra,
yo al que ha trazado esta carta
tus gracias daré y las mias.
Para defenderte basta
mi espada. (*Guarda la carta.*)

ELENA. Pero si...

VELARDE. Olvida,

ya que á todo estoy resuelto,
todo sobresalto... Mia
ya ante Dios, ante los hombres,
pronto mi esposa querida
serás.

ELENA. Cuando?

VELARDE. Cuando vengan
otros mas felices dias
para España.

ELENA. Y entretanto
perderme no te intimida?

VELARDE. De un militar español
otras acciones mas dignas
aguardo. Sé que tu padre
con fiero desden me mira,
porque nunca por mi patria
derramé mi sangre altiva.
Pues bien, con mi sangre quiero
comprar tu mano divina.
Mientras las tropas francesas,
como cautelosas víboras
en el seno de la España
se introducen, ¿no sería
vil traicion á mis deberes,
la guerra por tus caricias
dejar y ver en el cielo
de tus brazos mi ignominia?
Ah! No. Lucharé. Triunfante
mi patria al fin, ó vencida,
vencedor ó mártir, siempre
mi gloria á ti me aproxima:
si muerto, para llorarme;
y vencedor, siendo mia.
Y por lo que atañe, Elena,
á esa misteriosa cita
que te han dado, si me amas
renuncia á ella y olvídala.

ELENA. Y Rosa que en el momento (*Aparte.*)
debe llegar.

VELARDE. Alma mia!
ven junto á mi, mas, mas cerca

te quiero.

(Se sienta en un sofá á la derecha.)

Por hartos dias
no he podido disfrutar
de tus hermosas pupilas
la luz.

ELENA. Oh! que sobresalto!

VELARDE. ¿Qué, ya tus labios no anidan
una palabra amorosa
para mí?

ELENA. Mi alma y mi vida
son tuyas; pero...
(aparte.) Imposible
me es sufrir esta agonía
por mas tiempo.

VELARDE. Me parece
que la inquietud que te anima
crece por grados?

ELENA. Si, Pedro.
Negarlo mentir seria.
Temo que mi padre venga.

VELARDE. Cuán cruel eres. Me privas
de tu presencia.

ELENA. No escuchas
pasos? *(Poniendo el oido.)*
Tal vez se aproxima
mi padre.

VELARDE. Ningun ruido
(Acercándose á la puerta de la izquierda.)
se oye por aquí... Mas fijas
son tus sospechas... De aquí
(Acercándose á la escalera.)
viene el rumor. Tranquiliza
tu espíritu... que esta puerta...
Cerrada!.. *(Se acerca á la segunda.)*

ELENA. Virgen divina!

VELARDE. Pierde el temor. ¿Quién osado
será á ofenderte á mi vista?
Yo saldré al encuentro. *(Se dirige á la escalera.)*

ELENA. Ah! no;
Si amor me tienes, evita

un escándalo.

VELARDE. Y pretendes quedar espuesta á las iras de tu padre?

ELENA. Tu presencia, solo aqui fatal seria para ambos.

VELARDE. Pues entrégame la llave.

ELENA. Cuál?

VELARDE. Cuál? La misma que puse ayer en tus manos. Ella me dará fácil salida.

ELENA. No la tengo aquí...

VELARDE. Qué advierto?

ELENA. Huye.

VELARDE. Y por dónde?

ELENA. Te olvidas de la puerta que dá paso, desde la antesala misma de mi padre, hasta tu cuarto?

VELARDE. Elena!

ELENA. Pedro, confia en mi amor.

VELARDE. Yo apuraré (*Aparte.*) los misterios de esta cita (*Al marcharse por la izquierda.*)

ELENA. Duda de mi... Ah! cuán cara pago la imprudencia mia. (*Entra en su cuarto.*)

ESCENA VII.

ROSA Y PIETRO *embozado, despues* BARBIERI.

ROSA. Aguardad aquí.

PIETRO. Está bien.

ROSA. Quien será esta facha indina? (*Al irse por la primera puerta de la derecha.*)

PIETRO. Cumpliré mis instrucciones.

Lo cierro todo. En seguida (*Hace lo que*
doy tres palmadas y aguardo *dice.*)
(*Dá tres palmadas junto á la puerta de la izquierda.*)
No ha sido mucho.
(*Viendo salir á Barbieri.*)

BARBIERI. Cumplidas
tienes mis órdenes?..

PIETRO. Si. (*Levantándose.*)

BARBIERI. Cierto: cerradas se miran
las puertas. Dame la carta
que traes.

PIETRO. Es esta? (*Pietro entrega*
á Barbieri una carta, que este abre con avidez.)

BARBIERI. La misma
que aguardaba. (*Lee.*) «Desde luego
por mi quedan admitidas
vuestras ofertas. Si logro
que Monteleon se rinda
sin luchar, haciendo vos
que sus gefes se decidan,
á dejarle cien mil francos
serán recompensa digna
de este servicio.--Murat.»

PIETRO. Gran golpe! Y de esa crecida
cantidad, qué me reservas?

BARBIERI. Diez mil francos.

PIETRO. De mi vida
dispon. Pero te prevengo,
que hasta la escalera misma
me vino siguiendo un hombre;
y que á otro vi de vigía
frente al balcon.

BARBIERI. Tus recelos
por vanos, Pietro, disipa.
Toma estos planos: en ellos (*Dáselos.*)
doy al general noticias
claras. Asi mi proyecto
se logra, aunque no consiga
echar á Velarde fuera
del parque, que es mi consigna.

PIETRO. Y por dónde ahora podré

salir de aquí?

BARBIERI. La vecina
habitacion, facilmente
te dará al patio salida.
En ella encontrar aguardo
á Velarde y que me pida
cuentas de mi carta; mas
las obtendrá, y bien precisas...
Vamos.

PIETRO. Al patio?

BARBIERI. Qué te aterran
las fantasmas que decias
hace poco? Pobre hombre!
Tu misma sombra te agita,
y sin razon. La fortuna
puede seruos mas propicia?
Ni un rumor, ni una palabra
tus temores justifica.
Todo está tranquilo.
(Se oyen golpes á la puerta de la escalera.)

PIETRO. Cielos!

BARBIERI. Quién á tan intempestiva
hora será?

PIETRO. Ah!

BARBIERI. Silencio! *(Suenan golpes en*
Tambien por aquí? *la vidriera del balcon.)*

PIETRO. Justicia
de Dios!

BARBIERI. Si el miedo no ahogas
pones en riesgo las vidas
de ambos.

PIETRO. Santo Dios!

DAOIZ. Abrid *(Dentro de la*
esta puerta ó la hago hastillas. *escalera.)*

BARBIERI. Daoiz es.

PIETRO. Misericordia! *(En el balcon.)*

MANOLO. Abreme esta puerta indina.

PIETRO. Por aquí el otro. Parece
que el cielo se viene encima
de nosotros.

BARBIERI. Si obedeces

mis órdenes todavía
me comprometo á salvarte.

PIETRO. Habla.

BARBIERI. Ven y quedo pisa.

(Entrase con Pietro por la segunda puerta de la izqvierda.)

ESCENA VIII.

DAOIZ Y MANOLO.

En el momento que Barbieri y Pietro se ocúltan, saltan á un tiempo las cerraduras del balcon y la escalera, entrando Daoiz y Manolo, este por el balcon, y aquel por la escalera, embozados.

DAOIZ. Quién vá?

MANOLO. La misma pregunta
quiero hacer al embozado.

DAOIZ. Por dónde hasta aquí ha llegadc?

MANOLO. Su merced no lo barrunta?
Por ese balcon. Y vos?

DAOIZ. Para qué saberlo intenta?

MANOLO. Porque aquí, segun mi cuenta,
uno sobra de los dos.

DAOIZ. Yo tengo derecho de estar
aquí.

MANOLO. Y yo.

DAOIZ. Y en mi poder
está el mandaros prender.

MANOLO. Como yo os puedo matar.

DAOIZ. Miserable!

MANOLO. Menos furias
y hablemos en paz.

DAOIZ. Hablemos.
Al menos asi ahorraremos
las dudas.

MANOLO. Y las injurias.

DAOIZ. Sea cual quereis. Mas si amais
la paz, decid de buen grado
cómo hasta aquí habeis entrado.
Con Rosa?

MANOLO. De mí os burlais?
Quién sino vos con su ayuda
franco ha encontrado el postigo?

DAOIZ. Os juro que no.

MANOLO. Y yo os digo
que en ello no tengo duda.....
Traidor y á mas embustero!

DAOIZ. Vióse mayor desvergüenza?
Ya ni embozado, esa ofensa
sufrir puede un caballero.

MANOLO. Soberbia caballeria
será la vuestra. ¿Quién sois?

DAOIZ. Soy el capitan Daoiz
del cuerpo de artillería.
(*Con dignidad y desembozándose.*)

MANOLO. Mi capitan?

DAOIZ. Qué estoy viendo?
Manuel, eres tú?

MANOLO. Presente. (*Cuadrándose.*)
Soy vuestro antiguo asistente.

DAOIZ. Cada vez menos lo entiendo.
No eras tú, Manuel, responde,
á quien Rosa....?

MANOLO. No por Dios.
Y si tampoco erais vos,
qué pudo ser?

DAOIZ. Que se esconde
aquí esta noche un traidor.

MANOLO. Un traidor?

DAOIZ. Sí por mi nombre.
En el parque ha entrado un hombre
con mal fin.

MANOLO. Contra mi amor?

DAOIZ. Contra la patria: si nó
para qué ocultarse es?
Hace dias que un francés
nos ronda y.....

MANOLO. Entonces yó
pronto acabaré sus penas.....
Si es francés, mas pedazos
le he de hacer, que en los ribazos

hay de los mares arenas.
Mas pensemos con razon:
á ese hombre, no puede ser
que el amor de una muger
le traiga?

DAOIZ. Mala opinion
de Rosa, Manuel, te cabe!

MANOLO. Es capitan, que ese amigo
ha entrado por un postigo
de que otro tiene la llave!

DAOIZ. Del coronel no comprendo
traicion tal!

MANOLO. Sea en hora buena.
Pero de su hija Elena,
qué os parece?

DAOIZ. Que ofendiendo
estás, Manuel, á la que amo,
aunque ella nunca ha sabido
mi pasion!

MANOLO. Perdon os pido
por mi culpa. Mas reclamo
de vos igual interés
hácia mi hermosa chiquilla,
honra, gloria y maravilla
del barrio de Lavapies.

DAOIZ. Entonces, ¿Por quién acá
vino ese hombre? A qué asunto?

ROSA. Abrid. *(Dentro.)*

MANOLO. Rosa! Ya este punto
quien ponga en claro aquí está.
(Manolo abre á Rosa la puerta.)

ESCENA IX.

Dichos y ROSA.

ROSA. Caballero, mi ama... Ay Dios *(Saliendo.)*
ya son dos!

MANOLO. Rosa!
(Cogiéndola por un brazo.)

ROSA. Manuel!

MANOLO. No tiemblas al verme, infiel?
Conque engañabas á dos?

ROSA. Yo á dos?

MANOLO. La prueba está clara,
A un hombre esta noche aquí
no has introducido?

ROSA. Si.

MANOLO. Tu desvergüenza es bien rara!
Conque tu lábio no esconde..?

ROSA. Que serví á mi señorita?
Por qué?

MANOLO. Fué de ella la cita?

ROSA. De ella.

MANOLO. Vea lo que responde
tu lengua, pues no consiento
tal calumnia.

ROSA. Verdad digo.
Y el hombre que está contigo
te podrá decir si miento.

MANOLO. El capitan?

DAOIZ. Disimula. (*Aparte á Manolo.*)

ROSA. Capitan ó coronel,
pues quien entró ha sido él,
él dirá si le dí bula
para venir á esta cita.....
Por mas señas que ahora á darle
las gracias, y á despacharle
me manda la señorita.

DAOIZ. Se niega Elena á cumplir
su palabra?

MANOLO. Y qué perdemos?
A caso á la cita hemos
nosotros de concurrir?

DAOIZ. Silencio!--Hacermè un favor
quereis?

ROSA. Podeisme mandar.

DAOIZ. Pues á Elena suplicar
debeis, que me haga el honor
de escucharme un solo instante.

ROSA. Lo haré asi. (*Vase Rosa.*)

MANOLO. Poco comprendo
vuestro plan.
DAOIZ. Obrar pretendo
cual soldado y como amante.
Que un hombre entró aquí es seguro.
Quien es.....? Lo ignoro. A qué vino?
De adivinarlo, camino
no encuentro. Pues no me apuro.
Amante à un tiempo y soldado,
á un tiempo combinar quiero
mis deberes de guerrero
con mi afan de enamorado.
Pero como no es perdida
ninguna precaucion, cuando
puede el traidor peleando
hallar segura la huida,
mientras que la lucha empieza,
por aquí, tu de vigía,
junto al postigo al espía
no dejes sacar la cabeza.
Y si al fin das con las huellas
del traidor.....
MANOLO. Vaya un apuro!
Si le cojo, hacerle juro
mas pedazos que hay estrellas.

(Vase por la escalera, que es la segunda puerta de la derecha.

ESCENA X.

DAOIZ *solo.*

Valor, corazon, valor.
Si tanto tiempo has callado,
habla al fin..... No es un soldado
quien debe temblar de amor.
Pero qué terrible arcano
voy á descubrir! Será
para mi amor tarde ya?
No sé. Mas ya que en mi mano
está el conocer la historia

de esa mugor, que es mi vida,
la leeré, mas que perdida
llore con mi amor mi gloria.

ESCENA XI.

DAOIZ Y ELENA.

DAOIZ. Elena. (*Saliendo á su encuentro.*)
ELENA. Oh fortuna! Sois
vos quien tan alto interés
se toma por mí?
DAOIZ. Yo soy
quien tiene á gloria esponer
por vos su vida, y mil vidas
que tuviera.
ELENA. Harto lo sé.
DAOIZ. Que estais diciendo! Mi afecto,
conocido, Elena habeis?
ELENA. No me lo esplica bastante
vuestra carta?
DAOIZ. Ah! (*Con tristeza.*)
ELENA. Por quien
desafiais de mi padre
las iras?
DAOIZ. Yo?
ELENA. Pronto fué
verdad vuestro aviso: anoche
mi padre me hizo saber
su voluntad.
DAOIZ. Y vos?
ELENA. Yo,
nunca á la jurada fé
podré faltar.
DAOIZ. ¡Cielos santos!
ELENA. Nunca perjura ni infiel
seré al amor que es mi vida.....
DAOIZ. Callad, Elena.
ELENA. Por qué?
DAOIZ. Porque..... Ya mentir indigno

fuera en mi noble altivéz.
Porque yo tambien os amo.

ELENA. Vos?

DAOIZ. Yo, Elena, yo. Y en mí ved
al hombre, que temeroso
de vuestro fiero desden,
debe á vuestro padre el nombre
de hijo suyo.

ELENA. Y esta es
la proteccion generosa,
con que atraido me habeis?

DAOIZ. No, yo nunca os ofrecido
proteccion, ni yo el papel
que antes digisteis, he escrito,
ni quien le ha escrito yo sé.
A un engaño, esta entrevista
debí! Mas ya que por él
puedo deciros que os amo,
que os amo, Elena, sabed.
E imaginad y pedidme
pruebas de mi afecto cien.
Exigidme sacrificios
inmensos! Ah! si no sé
decir frases amorosas,
sé cual ninguno querer.

ELENA. Un sacrificio al amante
y al caballero á la vez
quiero pedir solamente.

DAOIZ. Hablad, pedid, disponed

ELENA. Renunciad á ser mi esposo.

DAOIZ. Jamás... decidme mas bien
que renuncie á la existencia.
Quiero vuestro esposo ser,
y lo seré.

ELENA. ¿Conociendo
que nunca amaros podré?

DAOIZ. Mi palabra está empeñada;
fio en vuestra virtud, y es
mi amor tan grande, que en vano
quiero sus lazos romper.
Compadecedme! Soldado

siempre desde la miñez
vuestras órdenes serán
mandatos que acataré
como esclavo... Sereis libre...
lejos de mi vivireis,
pero al menos la esperanza
tenga yo de merecer,
un dia, do vuestro afecto
el inestimable bien.

ELENA. Generoso sois... mas debo
ser franca por ello: ved
lo que contesté á mi padre:
«Arrebatarme podeis
la vida, mas no del fondo
de mi corabon, á quien
lo llena; para arrancarlo
no hay en el mundo poder.»

DAOIZ. Ni aun asi á mi amor renuncio
ni á mi esperanza...

ELENA. Quereis
que os aborrezca?

DAOIZ. No, no quiero
mas que seais mia.

ELENA. ¡Cruél!

DAOIZ. Injuriadme, maldecidme;
pero, Elena, no me odieis!
Mi culpa es solo adoraros!
y creedme, un interes
mayor que mi voluntad
á vos me ata. Pues bien,
aunque á vuestro amor renuncie
sereis mia. No ha de haber,
quien en vos ponga los ojos
que no caiga ante mis pies;
y si arrancaros del pecho
no puedo al que reina en él,
de los ojos, con su muerte,
al menos le arrancaré.

ELENA. Callad, callad... si pensais
que el temor pueda obtener
lo que al amor he negado

triste engaño padeceis.
Amante os compadecia.
Tirano y verdugo es
mayor vuesrro mal... os odio,
os aborrezco.

DAOIZ. Ah! (*Cayendo de rodillas delante de Elena.*)

ESCENA XII.

Dichos, VELARDE Y BARBIERI *que salen de pronto por la segunda puerta izquierda.*

BARBIERI. Ved. (*Señalando á Daoiz.*)
VELARDE. D. Luis!
DAOIZ. D. Pedro! (*Levantándose.*)
BARBIERI. Ya (*Aparte*)
juzgo que Pietro ha de haber
bajado.
VELARDE. Decid, Daoiz,
¿Con qué derecho á los pies
de Elena, os haallo¿
DAOIZ. Y decidme:
¿con qué derecho me haceis
esa preguunta?
VELARDE. Por suerte
no habeis llegado á saber
que soy su amante?
DAOIZ. Y que yo
seré s uesposo tal vez
ignorabais?
VELARDE. Su esposo?
DAOIZ. Si por cierto: al coronel
debo esta honra, y no pienso
mi dicha á nadie ceder.
Seré su esposo; lo he dicho.
VELARDE. Que me ama Elena sabeis?
DAOIZ. Sé que os ama.
VELARDE. Y sin embargo...
DAOIZ. Mi palabra cumpliré,

lazos hay que no se rompen
sino con la vida...

VELARDE, ¡Bien!
Las armas... (*Bajo.*)

DAOIZ. A vuestro gusto.

VELARDE. El sitio?

DROIZ. El que designeis.

VELARDE. La hora?

DAOIZ. Me son iguales
todas.

VELARDE. Al momento.

DAOIZ. Me es
lo mismo: vamos. (*Suena un tiro y rumor en el patio.*)

ELENA. Cielos!

VELARDE. Por qué ahora os deteneis?
(*A Daoiz que al oir el tiro se detiene.*)

ELENA. Cielos!

DAOIZ. Porque ahora
hacia otra parte
me manda al punto correr
el honor. (*Se dirige á la escalera.*)

VELARDE. Cómo os marchais?

DAOIZ. No habeis oido?... Esa fué
de un riesgo mas inminente
la señal... y en mi honradez
mi honor es antes que todo,
Dios, mi patria, y mi deber.
(*Vase por la escalera.*)

ESCENA XIII.

ELENA, VELARDE, BARBIERI *y despues* ROSA.

ELENA. Y ahora, qué hacemos?

BARBIERI. Salir
luego del parque. No sé (*Aparte.*)
si tengo sangre en las venas.
Maldito Pietro!

VELARDE. Escoger
no me es dado ese partido

en estos instantes...

ELENA. Qué
á salvarme te resistes?

VELARDE. No, pero aquí mi deber
me retiene.

ELENA. Dios piadoso!

VELARDE. Mañana, Elena, tal vez...

BARBIERI. Mañana ya será tarde. *(Que ha estado observando por el balcon.)*

VELARDE Qué decis?

BARBIERI. Lo que vereis. *(Llevándole al balcon.)*
Cruzan patrullas... la tropa
se forma frente al dintel
de la puerta... un peloton
corre hacia aqui...

ELENA. Ya no es
tiempo... vendrán á prenderte...

VELARDE. A prenderme á mi? Y por qué?
No: te engañas. De esta alarma
otra, Elena, debe ser
la causa... Los enemigos?
Ah! si fuesen! Y al laurel
de una victoria segura
huyendo renunciaré?
No Elena, no, por mi patria
quiero mi sangre verter.
Los franceses! Corro á hacerme
digno de ti.

(Corre hácia la escalera y Rosa sale á su encuentro)

ROSA. Detened
D. Pedro el paso ó nos lleva
el diablo á todos...

VELARDE. Pues qué
sucede?

ROSA. Estaba asomada
yo hace muy poco al cancel
de mi balcon, cuando á un hombre
se le antojó aparecer
en la escalera secreta
que va hasta ese cuarto. *(Señala al segundo de la izquierda.)*

BARBIERI. *(Aparte.)* El?

era Pietro...

ROSA. Al divisarle
un centinela soez
le dijo. «quién vive?» Entonces
el hombre sin responder
volvió grupas, y el soldado
soltó un tiro y á la vez
púsose sobre las armas
todo el mundo. Ya lo veis.
Al salir vos, se armaria
una buena... El coronel
sabrá que aqui habeis pasado
la noche, y tendremos buen
rato, sin duda...Sermones,
encierros y quizas... Eh!
(Hace señas de golpear con la mano.)
me esplico?

VELARDE. Elena, tu espíritu
tranquiliza: yo hallaré
sin salir del parque, medios
de ocultarme.

BARBIERI. Malo! *(Aparte.)*

VELARDE. Es
vil traicion cuando mi patria
peligra, el rostro volver...
Y mas cuando ningun riesgo
nos amenaza...

(Pietro entra de pronto y despavorido en la escena por la segunda puerta de la izquierda. Al verle Elena lanza un grito.)

ELENA. Ah! vé
si me engañas

BARBIERI. Pietro. *(Aparte.)*

PIETRO. Sálvame
(Aparte á Barbieri.)

BARBIERI. Calla y oye.

VELARDE. Responded,
Quién sois?

PIETRO. Yo...

BARBIERI. Quien por mi órden
vino á libertaros... quien

vino aqui para llevaros
al lugar que os preparé
para vuestro asilo.

ELENA. ¡Cielos!

BARBIERI. Ni un momento que perder
hay ya. Si adorais á Elena.
salvadla... Luego podeis
volver al parque á cumplir
vuestra deuda. Asi á la vez
patria y amor defendiendo
digno sois de ellos y de él.

VELARDE. Mas como salir podremos
ya del parque?

BARBIERI. No teneis
Elena, una llave?

ELENA. Si,
la de Velarde.

ROSA. Esta es. *(Le entrega la llave.)*

BARBIERI. Estamos en salvo! Toma
y oye mis palabras bien.
Esta llave es del postigo. *(A Pietro con intencion.)*
Usa de ella y vuela fiel
á cumplir tu comision.
Yo mientras aqui estaré
para guardaros la espalda.

VELARDE. A tanta amistad creed
que no seré ingrato.

BARBIERI. Vamos
que llegan.

VELARDE. Vamos.

(Vase con Elena, Rosa Pietro y Barbieri por la puerta de la escalera cerrándola tras de ellos.)

BARBIERI. Triunfé.

(Se esconde en el cuarto primero de la izquierda.)

ESCENA ULTIMA.

DAOIZ, D. DIEGO, MANOLO *y soldados.*

D. DIEGO Y DAOIZ *entran con la espada desnuda, los soldados traen armas y luces.*

DIEGO. Dónde mi Elena está?
DAOIZ. Dónde el que ha osado
á mi esposa elevar su pensamiento?
Velarde?..
DIEGO. Elena!
DAOIZ. Ah! se han escapado!
(*Registrando.*)
MANOLO. Todavía por aqui sus pasos siento.
(*Arrimándose á la puerta por donde se han ido.*)
DAOIZ. Derribad esa puerta!
DIEGO. Deshonrado
qué resta á mi pesar? qué á ese ardimiento?
DAOIZ. La venganza, Señor. Ay de Velarde!
(*Se precipita seguido de todos menos del coronel por la puerta que acaban de derribar los soldados.*)
BARBIERI. Corred, necios, corred... ya será tarde.
(*Apareciendo en la puerta de la izquierda donde se escondió.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Una calle del barrio de las Maravillas. La escena está dividida. A la derecha una casa modesta abierta por el frente para el público de manera que vea lo que en ella pasa. A la izquierda, calle, puestos de verduleras, carnecerias y taberna.

ESCENA I.

EL TIO ROMERO. EL TIO REMACHA *y despues* MANOLO.

ROMERO. Que hay de bueno, tio Remacha?
REMACHA. Yo nada sé, Romerito.
ROMERO. Me estraña que usté no sepa.....
REMACHA. Pues no te estrañe, chiquillo,
porque yo siempre á mi lezna:
no me gustan los bullicios
y me cansan las camorras.
Metio en mi rinconcito
hago zapatos no mas:
me agraa vivir tranquilo.
ROMERO. Tiene usté mucha razon;
mas cuando existen peligros
se arrojan toos los zapatos,
y la patria.....
REMACHA. Chico, chico.....
no pienses tu que aunque viejo,
está este porbre encojio;
tiene el alma traspasá
al mirar esos endinos,
esos pícaros franchutes
que sin saber como ha sio
se nos meten por las puertas.....
Pero, qué! En valde me enrito.....
Yo soy un hombre no mas.

ROMERO. Eso no, ¡voto á san Crispo!
¿Y esta presona no es ná?
REMACHA. Aqui viene Manolito
y nos dirá lo que pasa.....
Manolo, muy bien venio.....
MANOLO. Buenos dias, tio Remacha.
REMACHA. Acércate acá, hijo mio,
y cuéntanos novedaes.
MANOLO. Ay señor, vengo muy frito!
REMACHA. Por qué, Manolo?
ROMERO. Por qué?
MANOLO. De ver tantísimo pillo.
ROMERO. Tu hablarás de los franceses.
MANOLO. Sí, Romero, de ellos mismos.
Ya hay en Madrí un regimiento;
los demás yo los he visto,
que están toos acantonaos
en la altura del Retiro;
los otros en Chamartin
y junto á san Bernardino.
REMACHA. Qué hacen allí?
MANOLO. Naa bueno.
REMACHA. Dónde estan los que han venio?
MANOLO. Toos viven acuartelaos:
nos miran como á enemigos:
nos echan sacros y futres,
y el pueblo está entristecio:
roban lo que les parece.....
REMACHA. Y qué hacen los menistros?
MANOLO. Qué han de hacer mas que comer?
REMACHA. El pan está muy subio
y todos temen el hambre.
MANOLO. Apuesto diez contra cinco
que el hambre no es para ellos.....
Nosotros sí la sufrimos.
Pero los que son tan altos
tienen el vientre llenito,
y el estómago del pobre
casi siempre está vacio.
REMACHA. Me dice el bueno é Romero
que vivo muy encogio....

Digamos todos, á una,
y este pobre pergamino
saldrá á la calle el primero:
conozco bien el peligro:
entavia no olvidé
que cuando jóven hicimos
una revuelta en la Corte,
y el rey oyó nuestros gritos:
El rey D. Cárlos III!
Aquel señor tan bendito
que remediaba á sus pueblos
como si fueran sus hijos.
Ese rey trujo á su lao
dos ó tres malos menistros,
italianos, por mas señas,
gente muy mala, muy pillos.....
Esquilache se llamaba
el que era mas atrevido:
muera Esquilache..... gritamos!
y con picas y cuchillos
el barrio de Maravillas
se levantó el primerito.
Yo los conduge al combate,
yo su capitan he sido
y el pueblo é Madrid furioso
corre á buscar al Menistro:
Quiere asaltarle la casa
y se le rompen los vidrios.
«¡No haya robo!» les grité,
y me obedecen los chicos...
Ni una hilacha les faltó;
luego al palacio corrimos
y escuchó Cárlos tercero
nuestras quejas y suspiros.
«Cuando el pueblo se levanta
razon tiene...» Asi lo dijo.
«Que se retiren en paz
que vivan todos tranquilos
que por mi parte les juro
separar á los Menistros.»
Este si, que era un gran Rey,

mas los que luego tuvimos...
pero mejor es callar...
porque si luego me enrito,
voy á entrar en la materia
y diré... mil desatinos.

MANOLO. Déjese usté, tio Remacha
que si viéramos peligro
usté será nuestro gefe...
á mi me falta poquito
y yo me atufo muy pronto
y he de dar un estallio.

ROMERO. Mira quien viene hácia acá (*sale Piston.*)

MANOLO. Estoy por darle un metio...

REMACHA. Nunca para bien fué tarde
observémosle y chitito.
(*Se esperan los tres á un lado.*)

ESCENA II.

Sale PISTON *asistente francés con una cesta en el brazo y se dirige al puesto de la verdulera y despues al de la carnicera.*

PISTON. Madama, pese patatos.

VERDULERA. Patatas quieres y cuantas?

PISTON. Si patatos... allon pronto.

VERDULERA. Qué alones ni qué caramba!
vaya una prisa, señor.

PISTON. Eh! qué mugmuga muchacha?

VERDULERA. Yo murmuro lo que quiero.

PISTON. Eh! gran silan con la Fransia!

VERDULERA. A nadie temo en el mundo.

PISTON. Venga otra libra de jabas.

VERDULERA. Si se volviera veneno!

PISTON. Qué veneno?

VERDULERA. Nada, nada;
llévese usté la verdura
lejos de aqui y santas pascuas.

PISTON. Qué es pascua... di buena mosa?

qué hermosa cagne! (*Dándola un golpecito*
cagamba!! *en el hombro.*)

VERDULERA. Eh! cuidado con tocar!
(*Le amenaza con la pesa.*)
Habráse visto qué facha!

PISTON. Diable con el genio, Dimonio!
Las españolas son francas...
Eh! buena vieca, (*A la carnicera.*)
corriendo;
pose una libra de vaca!

CARNICERA.. Una libra quiere usté?
Si se volviera jalapa!

PISTON. Una libra de cebollas.

VERDULERA. Cebollas! vamos, qué falta?

PISTON. Qué ha de faltar? una cosa
Qué hegmoso cuegpo! qué patria!
Pues yo he de dagle un abraso!
¡Ay Madam que mi entusiasma!

(*Va á abrazarla y la verdulera le da un bofeton.*)

VERDULERA. ¡Toma patria, tio gabacho!

PISTON. Uf! qué mano tan pesada!
Venga esa cagne, vegdura,
que os pague por mi la España.

(*Coge el cesto de la verdura, y la verdulera salta por encima del puesto y le detiene, la carnicera hace otro tanto.*)

VERDULERA. So lairon, ese dinero.

CARNICERA. Cá! sin pagar no se marcha!

PISTON. Que me dejen!

VERDULERA. Mi dinero!

CARNICERA. Mi dinero!

PISTON. No dar gana!
Ahora mandamos nosotros.

(*La verdulera y carnicera principian á darle de pescozones y él procura taparse las orejas. Se ven salir algunos muchachos, y Manolo habla las siguientes palabras. La verdulera saca una navaja. y el francés retrocede despues de haber tirado la cesta.*)

VERDULERA. Ahora lo verás canalla!

MANOLO. Le damos una lision? (*A Romero y Remacha.*)

PISTON. Oh! no, non quiero navacas!

ROMERO. Qué es eso, porqué es la riña?

MANOLO. Diga usté so papanatas
«aquí mandamos nosotros...»
Voy á atarle con la faja
y á colgarle del gañote
en el balcon de esa casa.

PISTON. Oh! por Dieu! (*De rodillas.*)

TODOS. Si, si colgarle.

MANOLO. No quiero ver telarañas (*Mirándole con desprecio.*)
quítese usté de aquí en medio
y empiece á correr con gana,
y que no le vuelva á ver
mientras la Francia sea Francia.

(PISTON *se levanta, le pegan un puntapié y sale corriendo siguiéndole la gente. Para mayor claridad se pronunciarán las palabras francesas como estan escritas.*)

ESCENA III.

Escena en la casa.—Al ruido de los gritos sale ROSA *por la puerta foro derecha y se asoma á la ventana.*

ROSA. Qué bulla!.. nada se vé...
Pues yo no me he equivocado,
es Manuèl el que ha gritado...
si, su voz, no me engañé.
Haberme venido asi!
asi, sin decirle nada;
razon tendrá y muy sobrada
para quejarse de mi:
no tengo culpa maldita,
Manuel me perdonará.
¿Pero qué sucederá
á mi pobre señorita?
¡Abandonar á su padre!..
ya se vé tan aferrado...
todo se hubiera arreglado
si hubiera tenido madre.
D. Diego es tan singular...
todo le quema, le abrasa
y quiere arreglar su casa

al estilo militar.
¡Casarla contra su gusto!
y darla ese sentimiento!
Mire usted que es mucho cuento!
Vamos, la verdá, no es justo.....
Me tiene en mucho cuidado;
la pobre está tan llorosa.....
¿Si hará falta alguna cosa?
Voy á ver si ha dispertado. (*Entra en la habitacion de la derecha.*)

ESCENA IV.

BARBIERI. PIETRO *en la calle.*

BARBIERI. Siguen bien nuestros asuntos?
Dime, Pietro, que tal vamos?
PIETRO. Todo camina muy bien.
Ayer quedamos burlados,
y aunque luego á la salida
me temia algun fracaso
el peligro se pasó.
BARBIERI. De buena te has libertado.
Y la llave?
PIETRO. En el bolsillo.
Y dónde están los muchachos?
BARBIERI. Seguros en esa casa:
por aqui estoy descansado.....
Yo los traje con sigilo
y he prometido casarlos.
Queda el coronel Mendoza,
á quien conviene alejarlo
del parque de artilleria.
PIETRO. Y por qué medio?
BARBIERI. Mas bajo:
todo lo tengo previsto.
Ya habrá llegado á sus manos
el aviso que le doy.
El coronel irritado,
al saber el paradero

de su hija.....

PIETRO. Basta ya.....
Eres pájaro muy largo:
entiendo por donde vas.....
Me dejarás libre el campo.
Bien merece esta jornada
que se nos pague el trabajo.
Dí, Barbieri, francamente,
¿Cuánto es lo que voy ganando?

BARBIERI. Anoche no te lo dige?
Cuenta ya con dos mil francos.....
Bien se puede asegurar
que eres hombre el mas bellaco.....

PIETRO. Quien será mas de los dos?
Nos conocemos de antaño,
y no sirven disimulos.....
¡Somos los dos italianos!

BARBIERI. Tu tienes mal corazon.

PIETRO. No; yo le tengo mas sano.
Yo soy tan solo un perdido.....
¡Pero tú! Al fin y al cabo
estás sirviendo á la España
hace tres ó cuatro años:
tu tienes que agradecerla;
pero yo nada, ni un cuarto.
Aqui perdí mi dinero,
aqui me ví arruinado,
y lleno de acreedores
me propuse ser muy malo:
gastarme lo que tuviera
y despues vengan trabajos.

BARBIERI. Qué debo yo á este pais
para vivirle obligado?
Ser siempre un simple oficial,
pasar mi vida rabiendo,

(*Se ve á Manolo con algunos de los suyos que observan desde el foro.*)

sujeto á la disciplina,
al capricho de un estraño.
Yo ambiciono tener oro,
yo quiero llegar al mando,

odio de muerte esta vida,
porque es vivir como esclavo.

PIETRO. Luego puedes esperar....?

BARBIERI. Joaquin Murat me ha llamado
y su palabra me dió,
palabra de Soberano.
de premiar bien mis servicios.....
y como yo he reclamado
quien me ayudara en la empresa,
sin detenerme en pensarlo
tus servicios preferí.

PIETRO. Bien hecho: lo has acertado:
no podrás arrepentirte:
me pinto para estos casos.

BARBIERI. Observa bien esta casa,
no abandones este barrio,
y mira cómo está el pueblo;
si debe temerse algo.

PIETRO. No olvides que aprecio el oro
aunque tu quieras el mando.

BARBIERI. Descuida, que no te olvido, (*Apretándole la mano.*)
no te olvido, bribonazo.

PIETRO. De pillo á bribon no hay nada,
y es dificil engañarnos.
El del mando, Dios te guarde.

BARBIERI. A Dios señor millonario.

(*Pietro entra en la taberna y Barbieri se vá por la derecha.*)

ESCENA V.

MANOLO *baja al proscenio con* ROMERO *y otros siguiendo con la vista á* PIETRO.

MANOLO. ¿Ustedes le han visto bien?
Pues ese mismo embozado
es el que anoche encontré
dentro del Parque rondando.
Yo iba á ver á mi Rosilla
cuando los dos tropezamos;

no me dá muy buena espina.
Le he visto ademas mirando
hácia esa casa de enfrente,
y hay motivos muy fundados
para sospechar tambien
de los vecinos del cuarto.
Ayer entró alguna gente;
iban todos muy tapados
con miedo de que los viesen.

ROMERO. Una junta de gabachos!
Preciso, no cabe duda,
de los que estan conspirando.

MANOLO. Bueno será averiguar
quien es el hombre embozado.....
En la taberna se entró,
nos meterémos un rato
y deste modo logremos
saber la verdad del caso.

ROMERO. Corriente, vamos á dentro.

MANOLO. A dentro chicos, yo pago. *(Entran en la taberna.)*

ESCENA VI.

Escena en la casa. ELENA *sola*

ELENA. ¡Que oculto remordimiento
mi corazon despedaza!
no tengo yo sufrimiento
para esperar con aliento
el dolor que me amenaza.
¿A quién me podré acojer
en medio de mi amargura?
Dios mio! qué debo hacer?
Solo puede una muger
llorar en su desventura!
Señor, ampárame en tanto
con tu cariño infinito,
con tu favor sacrosanto,
y baste solo mi llanto

para purgar mi delito.
Busqué la felicidad
en mi loco desvario,
solo espero en tu bondad.
Llorad mis ojos, llorad....
Pero y mi padre. Dios mio!
¿Yo sus canas afrenté
con mi pasion delirante,
sus consejos desprecié!
¡perdonáme si escuché
las sùplicas de un amante!

ESCENA VII.

ELENA. VELARDE.

ELENA. Ah! Velarde!

VELARDE. Elena mia!
Por qué te encuentro llorosa?
por qué se huyó tu alegria?
Si hoy mismo serás mi esposa.
Dudas acaso de mí?
desconfias de mi honor?
ó es que te arrepientes, dí,
de tus palabras de amor?
En tu labio está mi suerte
responde si es en mi daño,
aunque me cause la muerte
el golpe de un desengaño.

ELENA. No Velarde, lo juré:
tu dicha será cumplida
y mi mano te daré
y con mi mano mi vida.
Mi cariño te prometo,
y pues que yo nada exijo,
deja que pague el respeto
que debe á su padre un hijo.
Disculpa mi noble anhelo,
es muy justa mi afliccion...
porque no tengo el consuelo

de llevar su bendicion.

VELARDE. ¡Es grande tu sentimiento,
mi pecho no le condena
y es mas noble mi ardimiento
mientras mayor es tu pena.
Si tu padre me negó
cuanto ambicioné en mi vida,
¿por eso prenda querida,
he de abandonarte yo?
Su cólera cesará
cuando llegues á ser mia,
yo conozco su hidalguia
y todo lo olvidará
Valor, Elena, valor
en tu cariño confio,
y ten presente amor mio
que es ante todo, mi honor.
Mi palabra está empeñada.
tanta dicha no merezco;
yo riquezas no te ofrezco
sino mi amor y mi espada.
Esto ofrece un caballero
mas si riquezas quisiera
quizá ofrecerte pudiera
un porvenir lisongero.
Desprecio esa elevacion,
nadie cual tú brillaria
pero ese brillo seria
el premio de la traicion.

ELENA. Qué dices?

VELARDE. Es un secreto...

ELENA. Y yo no puedo saber?..

VELARDE. No olvides que mi deber... (*Con misterio.*)

ELENA. Habla... si... yo te prometo...

VELARDE. Ayer con mucha arrogancia
el mismo Murat me habló
y con astucia intentó
que me vendiera á la Francia.
Con lisonjas, con el oro,
quiso comprarme vilmente.
¡Y esto propone un valiente

en mengua de su decoro!

ELENA. Y qué hiciste?

VELARDE. Contestar
á promesa tan estraña
como se entiende en España
el honor de un militar.
En mucho tengo mi fama
le repetí, con desprecio;
y en nada mi vida aprecio
si mi patria la reclama.
Me sobra aliento y valor...
reservad esa riqueza
quiero un nombre con pobreza
pero nunca sin honor.
Guardad pues esos favores
es inútil la porfía,
el cuerpo de artillería
jamás abrigó traidores.

ESCENA VIII.

Dichos, BARBIERI.

VELARDE. ¡Mi buen amigo!

BARBIERI. Velarde!
desechad todo recelo:
disponed á vuestro antojo
de cuanto en el mundo tengo.
Yo he prometido salvaros
y cumplir vuestros deseos...
Y aunque en España, señores,
soy por desgracia estrangero,
no reconozo mas patria
y mi fortuna la debo.
Cuando conoci á Velarde
hallé en él un compañero,
y aunque servimos al rey
los dos en distintos cuerpos,
nuestra intimidad creció,
creció tambien nuestro afecto.

Pudiendo ya asegurar
que es mi amigo verdadero.

VELARDE. Vuestro aprecio reconozco,
grande amistad os merezco,
y jamás podré pagaros
el favor que me habeis hecho.

BARBIERI. Hasta gozar de la dicha
de ver con lazos eternos
unidos dos corazones
que para amarse nacieron,
mis favores nada valen....
mayor ha de ser mi afecto.
En esta oculta morada
podeis residir sin miedo;
yo tengo la confianza
de que aun sabiendo sus dueños
la causa de vuestra huida
os servirán los primeros.

VELARDE. Secretario de la junta,
quisiera por un momento
presentarme en mi destino.

BARBIERI. La junta, amigo, es un cero:
todo lo manda Murat,
y así lo obedecen ellos.

VELARDE. Qué decis? (*Con cólera.*)

BARBIERI. No le ha gustado (*Aparte.*)
Peligros no los espero.... *Disimulando.*)
Pero esta pobre nacion
combatida tanto tiempo
me aflige, amigo, me aflige,
y su bienestar deseo.
Pensemos únicamente
en prevenir cualquier riesgo.
Hoy mismo dareis la mano....

VELARDE. Sí, Elena, muy pronto iremos....

BARBIERI. Es preciso que salgamos,
y con el mayor secreto
dar los pasos necesarios.

VELARDE Aquí me teneis dispuesto.

BARBIERI. Vos entretanto, señora
esperad breves momentos. (*Elena llora.*)

VELARDE. ¡Ese llanto me aprisiona!

ELENA. Es justo mi sentimiento
¡mi padre, solo mi padre!

BARBIERI. Disipad esos recelos
teneis un padre que os quiere,
y olvidará un desacierto,
que se comete tan solo
por un amor verdadero.
Le pedireis su perdon.

ELENA. Aprecio vuestros consejos.
¡Ese corazon es noble!

VELARDE. Cuanto, señor, os debemos!

BARBIERI. Que poco me conoceis.
Mi corazon me dá miedo, *(Aparte.)*
esa gratitud me ofende
cuan nobles sus sentimientos!
y cuan villanos los mios!
Adelante, no hay remedio.

VELARDE. Qué decís?

ELENA. En qué pensais?

BARBIERI. Buscaba solo un pretesto
que me asegurara el modo
de conseguir vuestro objeto.
La fortuna nos protege,
y cuando gusteis podemos.... *(á Velarde.)*
señora, no desmayeis.

ELENA. Mirad, Velarde, que espero.

VELARDE. Tranquilízate y no llores....
A Dios Elena, hasta luego. *(Vase.)*

ESCENA IX.

ELENA *sola. Despues* MANGLO, PIETRO. ROMERO *y otros en la calle.*

ELENA. ¡Solamente su perdon!
he lastimado su honra.
A sus pies me arrojaré,
y si esta gracia no logra
el cariño de una hija

que tan de veras le adora,
yo moriré de pesar
al ver mi suerte ilusoria
quiero escribirle al momento!
que mi súplicas acoja,
y tal vez de esta manera
logre conjurar su cólera. *(Se sienta.)*

Sigue la escena en la calle.

Pietro sale de la taberna seguido de Manolo y todos los demas.

MANOLO. ¿No he dicho que es sospechoso?
Mírenle ustedes ahora
como se acerca á esa reja
sin andar en mas retóricas,
Estaba por registrarle.... *(Pietro se dirige al foro.)*
Ahora se marcha. *(Se vuelven Manolo y los demás.)*
Que vuelve!
Disimulemos.... ¡Qué horca!

Se oye una banda militar lejos.

UN HOMBRE. Señores, yo los he visto.
MANOLO. A quién?
HOMBRE. A toda esa tropa.
MANOLO. Pero quién?
HOMBRE. Quién? los franceses.
VELARDE. Los franceses!

Se oye mas cerca la banda militar que se vá alejando.

HOMBRE. Si señora.
Es un regimiento entero
que vá derechito á Atocha
á formar con los demás
MANOLO. Con los demás?
HOMBRE. Pues no es cosa.
Si es la revista en el Prado......
su intencion es bien notoria
queire el general francés
hacernos ver que está pronta
toda esa gente que trae
pa darnos.... si se le antoja.....

Murmullo entre la gente del pueblo, los redobles y música se acercan.

MANOLO. ¡Paciencia, chicos! no es tarde.
Vamos á ver á esa tropa. *(Se dirigen al foro en tropel.)*
ELENA. Ya está la carta....
leamos.
Se aleja mas la banda militar.
(Lee.)
«Mi querido, mi buen padre!
A las pocas palabras sale don Diego por el foro y se coloca detrás de ella.
Confieso que mi delito
ha sido en verdad muy grave
y solo vuestro cariño
pudiera tranquilizarme.
Todo lo espero de vos,
vuestro corazon es grande
y el cielo escucha mis votos
y al fin querrá perdonarme»....
¡Vuestro perdon, padre mio!
DIEGO. Las lágrimas vienen tarde!

ESCENA X.

ELENA, DON DIEGO.

ELENA. Ah! señor! *(Se arroja á sus pies.)*
DIEGO. Al fin te encuentro,
Pueden mis ojos mirarte,
mas te ven envilecida
¿Este premio me guardaste
cuando llegué á mi vejez?
El fuego de cien combates
jamas humilló mi frente
y mi deshonor la abate!
ELENA. Es el mejor de los hombres!
Padre mio disculpadle.
La culpa solo fué mia,
y si quereis castigadme.
DIEGO. No es digno de un militar
como el capitan Velarde
arrebatar un tesoro,

la tranquilidad de un padre
que cifra todo su orgullo
en su honor, su limpia sangre.
Y tú que necia pretendes
defenderle, que escuchaste
sus palabras seductoras,
no mereces ni aun mirarme.

ELENA. Perdon señor.... padre mio!
mas antes de condenarme
es justo que me defienda
y que defienda á Velarde.
Es cierto que nos amamos
pero jamás fué culpable.
Al saber que pretendiais
llevar á efecto mi enlace.
y contra mi voluntad
mi cariño le robabais
su mano me prometió.
Yo que no osaba negarme
á cumplir vuestro mandato
me decidí á acompañarle.
¡Ileso está vuestro nombre!
no temais que yo le manche,
Soy inocente, soy pura
y el cielo, señor, lo sabe.
Si no os bastára mi labio
si mi llanto no es bastante
que os merezca algun recuerdo
la memoria de mi madre.

DIEGO. Basta ya.... tu me prometes
obedecer y olvidarle?

ELENA. Oh! señor?

DIEG. Pronto.

ELENA. Obedezco.

DIEGO. Oh! no podia engañarme!
Te perdono hija obediente,
lo demás lo hará tu padre.

Sigue la escena en la calle. Al llegar al fin de esta escena Pietro sale espiado por Manolo y demás que le sorprenden y aseguran.

MANOLO. Muchachos! vamos á él,

PIETRO. Que.... que quereis?

TODOS. Date. *(Le aseguran)*

MANOLO. Dí pronto como te llamas?

PIETRO. Eso no le importa á nadie.

MANOLO. No le importa?

ROMERO. Muera.

TODOS. ¡Muera!

DIEGO. Qué voces! ese ruido.

ELENA. Mirad, señor en la calle.

PIETRO. No me sujeteis los brazos
las manos libres, soltadme....
y si quiero lo diré.

MANOLO. Nada, dada, registradle.
Estáte quieto ó te mato
Unos planos.... una llave..... *(Le sacan papeles del bolsillo y una llave.)*
una carta.... «Para Pietro.» *(Lee.)*

PIETRO. Abridme una carta!

MANOLO. Chit, calle.
Descuída que si es de amores
y hay secreto sé guardarle.
«El gran Duque me ha pedido *(Leyendo.)*
un apunte sobre el Parque
y preferí una sorpresa
á aventurar un ataque
Vive Pietro prevenido
tengo un proyecto admirable
y esa llave guardarás
hasta que yo te lo mande?»
¡Señores, es un espia!

ROMERO. Matarle pronto.

TODOS. Matarle.

MANOLO. No señor, no le matemos
Cesa la banda.
Si quiere vivir que hable,
nosotros no somos jueces
llevarle al cuartel!

TODOS. Al parque.

Un grupo mandado por Romero se lo lleva por detrás de la casa.

MANOLO. Ahora

nosotros á ver
quienes eran los tunantes
que anoche han entrado ahí,
y que esperaba ese infame....

ELENA. Padre mio, habeis oido?
DIEGO. No hay cuidado, no desmayes.
MANOLO. Sin hacer daño á ninguno,
la entrada está en esa calle....
Viva el barrio é Marabillas
TODOS. ¡Viva!
MANOLO. Pues adelante. (*Todos siguen á Manolo.*)
ELENA. Dios mio! somos perdidos.
DIEGO. Tal vez mi presencia baste.

Voces de muera.

ESCENA XI.

Dichos, ROSA, *despues* MANOLO *y el pueblo.*

ROSA. ¡Ay que voces señorita!
quieren asaltar la casa....
si señor, y van á entrar.
DIEGO. Que las puertas se les abran. (*Voces dentro.*)
ROSA. Pero señor.
ELENA. Padre mio!
DIEGO. Abre las puertas y calla.
ROSA. Ay señor que están aquí.

Entra Manolo y al ver al coronel y á Rosa se queda parado y se quita el sombrero.--Pausa

DIEGO. Que quiere esa turba osada?
que busca con esos gritos?
MANOLO. Señor, os diré la causa.
Anoche hemos visto entrar
mucha gente y muy tapada
y la verdad presumimos
que eran amigos de Francia,
que á conspirar se venian.
Esta gente está irritada
porque han pillado un espia
con papeles de importancia:

ya está preso en el cuartel
y como el bribon andaba
observando por el barrio
y luego hácia esa ventana,
dijimos,... no cabe duda,
aquí tenemos canalla.

DIEGO. Disculpo ya vuestro enojo.
Mas no conviene jaranas,
el órden antes de todo.
Esto la junta nos manda;
y advertid que ahora la junta
debe ser la soberana.
Dá la mano á su hija y se retira.

MANOLO. Si señor! Qué hace la junta?
!Si la junta es la mala!
abajo todos, muchachos,
ya veremos en que para,
tengo que ajustar aquí
unas cuentas atrasadas. (*Se retira el pueblo.*)

ESCENA XII.

ROSA, MANOLO.

MANOLO. Quieres decirme, Rosita,
que es esto?.... que es lo que pasa?
Como te has venido aquí
sin saber yo una palabra?

ROSA. Si Monolo, lo diré,
no guardes desconfianza.
Ese capitan don Pedro
que á mi señorita ama,
observando que su padre
sin razon se la negaba
se fugó anoche con ella
y se la trajo escapada
para casarse sin duda
hoy mismo por la mañana.
No sé quien ha dado el soplo,
su padre vino á buscarla....

y despues de muchos llantos
ella accedió y se marchaba.
¿Tú que quieres que le hiciera.
Yo he debido acompañarla
por eso me vine aquí:
si vieras como lloraba!
no tengo y o corazon....

MANOLO. Me basta, R osa, me basta.
De nada tienes la culpa
no estraño yo lo que pasa.
Ese padre es un tirano,
lo está diciendo la cara....
Ese padre está irritao
y aunque no bayas hecho nada
será posible que diga
que induciste á la muchacha.

ROSA. Eso no: yo no la dejo,
yo quiero mucho á mi ama.

ESCENA XIII.

Dichos, VELARDE.

VELARDE. Y Elena? Dónde está Elena?

ROSA. Ay señor, se la han llevado!

VELARDE. Cómo!

ROSA. Si, su mismo padre.

VELARDE. Su padre!

ROSA. Ay! la pobre lloró tanto!
daba lástima el oirla!

VELARDE. Oh! Dios mio! me ha engañado!
y yo fié en su cariño!....

MANOLO. Mira, chica; esto vá malo....
despídete que me voy.

ROSA. Señor don Pedro, me marcho,
de nada puedo servirle.

MANOLO. Si á usted se le ofrece algo
mande usté que se le quiere....
conozco mucho estos tragos
y sé muy bien lo que cuestan....

todo se vuelve trabajos.

VELARDE. Gracias. amigos, mil gracias.

MANOLO. ¡Qué triste!... pobre muchacho.

ESCENA XIV.

VELARDE *solo.*

Dios mio! que debo hacer?
ya que tan mal me ha pagado
es forzoso que la olvide.
Yo que loco de entusiasmo
ambicionaba el momento
de estrechar su hermosa mano!....
Mas su padre la buscaba....
quien puede haberle informado?
Todas son dudas, Dios mio!
y todos son desengaños.

ESCENA XV.

VELARDE, DAOIZ.

DAOIZ. Dispensad si os incomodo....
Hay asuntos delicados
que es forzoso terminar;
por eso vengo á buscaros.

VELARDE. Señor don Luis, hablad.

DAOIZ. Entre los dos han mediado
rivalidades de amor,
que la amistad entibiaron,
rivalidades que el tiempo
las hubiera terminado;
mas por desgracia siguieron,
y hasta tal punto llegaron
que he temido, y con razon
separarnos demasiado.... *(Movimiento de Velarde.)*
Permitídme que concluya;
nada vengo á reclamaros,

quiero solo averiguar
y en esto seré muy franco
hasta donde os ha traido
el amor, los pocos años.

VELARDE. Con tales fueros venis
que no sé si contestaros....
Si un padre me reclamara
satisfaccion de un agravio,
el cariño de mi amada,
el respeto de un anciano
mi furor sugetarian
y humilde fuera mi labio....
pero vos.... con que derecho?

DAOIZ. No, no debeis estrañarlo....
y puesto que lo ignorais
voy á ser mucho mas claro.
Separemos el amor
y atended lo que reclamo.
El honor de nuestro cuerpo
está por vos ultrajado.... (*Mivimiento de Velarde.*)
quizá lo esté en la apariencia.
tal vez os han engañado;
de todos modos existe
contra vos un grave cargo.

VELARDE. Hablad, capitan, hablad,
una aclaracion aguardo...
á donde está mi delito?
dónde se encuentra?

DAOIZ. En mi mano. (*Presenta la llave.*)
No conoceis esta llave?

VELARDE. Oh! Dios! y quien os la ha dado?

DAOIZ. Mirad si tengo razon.

VELARDE. Bien: no puedo negarlo.
Para la fuga sirvió.
Mas quien ha sido el malvado
que de esta suerte abusó?....

DAOIZ. Don Pedro, tranquilizaos.
No creais que yo pretendo
tan solo perjudicaros,
son otros mis sentimientos;
si, yo mismo os acompaño

y nada perdonarémos,
hasta encontrar al osado....

VELARDE. Capitan, yo os agradezco....

DAOIZ. Conozco al hombre á quien hablo.
Es grande vuestra hidalguía,
jamás de vos he dudado,
y si teneis enemigos
podeis contar con mi brazo.

VELARDE. Mucho mayor es mi aprecio
cuando entre los dos mediaron....

DAOIZ. Si diferencias de amor
han logrado separarnos,
puede ser que llegue un dia
en que os presente mi mano. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

En la calle.=Pueblo y ROMERO *que observan hacia la calle de la izquierda, despues* MANOLO.

ROMERO. La gente está conmovida!
ordenanzas á caballo....
Eh! mirad otros que corren,
otros allí.... mas soldados....
Yo me temo una jarana,...
Si tendremos zafarrancho. (*Se oye un tiro.*)
Un tiro.... lo habeis oido? (*Otro tiro.*)
otro.... lo habeis escuchado?
hacia aquí viene Manolo,
él nos dirá....

MANOLO. Ay muchachos!
la tremolina se arma,
la gente acude á palacio,
á tiempo que los infantes
marchaban: desesperados
los valientes cuando vieron
que el niño infante ha llorado
atacaron á la tropa,
desataron los caballos,
y las bridas se rompieron,

Ya la gresca ha principiado
ha habido muertos y heridos,
he visto pegar de palos,
esos pícaros franceses
á un infeliz, á un anciano.
La sangre hierve en las venas.
¿y habremos de tolerarlo?
el que se sienta con alma,
el que no le tiemble el brazo (*Varios tiros sueltos.*)
que me siga hasta morir.

Todos. Todos.

Se oyen varios tiros.

Manolo. Lo habeis escuchado?

Bomero. Aquí viene el tio Remacha,
tio Remacha, que ha pasado? (*Le rodean.*)

ESCFNA XVII.

Dichos tio Remacha.

Remacha. Muchachos, vengo rabiando!
Ese tumulto se crece....
chicos, mentira parece
lo que en Madrid está pasando.
no se sabe quien nos manda
toó se vuelve agitacion
y al ver esta conmocion
la multitud se desvanda.
Los franceses perseguidos....
y entre tiros y sablazos
navajas y garrotazos. *Una descarga.*
ha habido muertos y heridos.
Habeis oido el rumor? (*Se oye una descarga*)
tiros de fusilería!

Manolo. Qué horrible carniceria!
Valor, amigos. valor!
basta ya tanta paciencia
con orgullo alzad la frente

combátamos á esa gente
sin compasion ni clemencia.
Esta detencion me empacha
un gefe necesitamos,
pues á una voz elijamos
al valiente tio Remacha.

REMACHA. Manolo se equivocó:
mirad lo que deseais
un jóven necesitais
y no un viejo como yo.

MANOLO. El nuestro gefe será.

Tres tiros sueltos lejos.

TODOS. Si, si.

MANOLO. Lo habeis oido?
Por gefe os han elegido,
todo el mundo os seguirá.

REMACHA. Si me quereis elegir
dejemos ya las quisquillas....
Viva el barrio é Maravillas!

TODOS. ¡Viva!

REMACHA. Pues á salir....
nunca por nada me abato,
no hay quien mi furor mitigue.

TODOS. Cielos! (*Se oyen campanas.*)

MANOLO. La jarana sigue
están tocando á rebato.
Busquemos á esos villanos
memoria deje este dia.

Se oye una campana mas cerca:

la campana de agonía

Dos tiros sueltos.

de nuestros pobres hermanos!

REMACHA. Esto ya es mucho sufrir, (*con entusiasmo.*)
antes que el odio me mate
corramos pronto al combate.
¡Compañeros á morir!
Yo os mando lleno de gozo,

Dos tiros sueltos lejos.

por nada en el mundo os dejo,
que aunque mi brazo es muy viejo,
mi corazon es muy mozo.

Si nos proteje la suerte
no haya paz, no haya clemencia....
¡A buscar la independencia!
la independencia ó la muerte!!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El parque de Monteleon, en el fondo dos puertas: la derecha entrada de cuerpo de guardia, la otra el almacen de armas. Casa á la izquierda y el foro: en la derecha la puerta de arco de entrada y tapia.

ESCENA I.

ROSA, VELARDE.

ROSA. Todo un D. Pedro Velarde,
todo un capitan ¡qué mengua!
por tan leve contra tiempo
doblar la altiva cabeza!
No asi os dejeis abatir,
nunca de vos tal creyera.

VELARDE. Y que hacer en el estremo
á que mi desdicha llega?
Mi pecho, á quien el temor
de los peligros no arredra
y ante el cañon enemigo
solo de entusiasmo alienta,
cobarde late al pensar
que acaso ha perdido á Elena,
para siempre.

ROSA. Quien tal dice!
Vamos, sois niño de teta.
La quereis?

VELARDE. Que eso preguntes?

ROSA. Y no os quiere tambien ella?

VELARDE. Lo creo así.

ROSA. Pues entonces
que mas deseais? es fuerza
que al cabo y al fin os casen,

¡Qué de un jóven que celebran
por discreto y por gallardo
tenga yo que ser maestra!

VELARDE. Díme, y de tu señorita
nada sabes? de la escena
de esta mañana me culpa?

ROSA. Ni por pienso: mas sospecha
que todo ha sido una intriga
de Barbieri.

VELARDE. Oh! me recuerdas
á tiempo que con ese hombre
tengo pendiente una cuenta
que hemos de arreglar muy pronto:
ya su tardanza me altera.

ROSA. Qué vais á hacer?

VELARDE. ¿Con qué objeto
de la salida secreta
quiso asegurar la llave?
O me engañan mi sospechas
ó alguna negra traicion
el vil realizar intenta.
Por su causa aquí arrestado
me encuentro: solo por ella
tal vez en mi lealtad
alguno mancha recela,
por ella he sido engañado,
y por Barrabás que es fuerza
que tome pronta venganza.

ROSA. Ved que hay quien de vos espera
la dicha, y grande pesar
solo con esto la dierais
Los hombres! todos iguales!
nunca en dar penas recelan
á la que en ellos confia!

VELARDE. Vé á consolar á mi Elena:
dila quo su imágen, nunca
de mi memoria se aleja.

ROSA. Si, lo de siempre

VELARDE. Ademas,
que esta nocho....

ROSA. Ya os espera.

VELARDE. Viene gente, marcha pronto.
ROSA. Á Dios. (*Se entra puerta derecha.*)
VELARDE. El és: tiempo era. (*Viendo á Barbieri.*)

ESCENA II.

VELARDE, BARBIERI.

BARBIERI. Velarde aquí! (*Aparte.*)
VELARDE. Nos veremos. (*Aparte.*)
BARBIERI. El bulto escurrir confio. (*Quiere irse.*)
VELARDE. Bien me ha visto (*Aparte.*)
Eh! señor mio.... (*Alto.*)
que hablarnos los dos tenemos.
BARBIERI. Velarde amigo..... (*Finge verlo ahora.*)
VELARDE. No quiero
vuestra mano.
BARBIERI. Tal dudar!
VELARDE. Es indigna de estrechar
la mano de un caballero.
BARBIERI. Que lenguage!
VELARDE. El que os conviene
nada mas: atento oid.
BARBIERI. Yo no puedo: permitid....
VELARDE. Sabeis quien soy?
BARBIERI. Duda tiene?
VELARDE. Pues quizá aprendais mas tarde
que nadie en cualquier azar
impunemente burlar
puede, al capitan Velarde.
BARBIERI. Pues acaso yo....
VELARDE. A eso voy:
por daros fácil oido
crédula víctima he sido
de vuestras intrigas hoy
¿Quién denunció nuestra huida
esta mañana? ¿por qué
cuando iba á encontrar mi fé
recompensa merecida,
mi rival y el coronel

en la casa aparecieron?
Fué porque aviso les dieron
y vos con tan ruin papel
cumplisteis.

BARBIERI. Yo!....

VELARDE. Si, por Dios!
Nadie mas que vos sabia
nuestra fuga; quien podria
revelarla sino vos?

BARBIERI. Os juro....

VELARDE. Jurais en vano.
Mi amistad habeis vendido!
castigo fué merecido:
¡quién fia de un italiano!
mas para que en adelante
vuestro juego al emprender
no os pongais á perder
cual hoy, menguado farsante,
tomad.... *(Dándole un bofeton Barbieri echa mano de un puñal que lleva escondido y Velarde le detiene el brazo.)*

BARBIERI. Oh, rabia!

VELARDE. Pagada
mi deuda está ¡voto á tal!
Que mano echeis al puñal
llevando al cinto una espada!
Medios emplead mas dignos
que aunque sé que en paz y en guerra
es arma de vuestra tierra,
aquí es arma de asesinos.

BARBIERI. Sangre este agravio reclama!

VELARDE. Y la tendreis, no hay cuidado
pero aun no hemos acabado.

BARBIERI. El furor mi pecho inflama. *(Aparte.)*

VELARDE. La torpe ofensa que hicisteis
á mi amistad, cual debia
vuestra menguada osadia
castigué ya ¿me entendisteis?
En vuestro rostro la ardiente
señal, impresa ha quedado.

BARBIERI. Recordais.,..

VELARDE. Lo he recordado
porque la tengais presente.
Mas aun falta que arreglar
otra cuenta mas estrecha,
que viene á mi honor derecha.
No os intenteis disculpar:
os conozco y fuera en vano:
la llave que os entregué
ayer noche, hallada fué
esta mañana en la mano
de un francés, de un enemigo,
y aqui para entre los dos
vos se la entregasteis, vos.

BARBIERI. Quién tal dice!....

VELARDE. Yo lo digo:
quien una infamia comete
y en su pecho criminal
oculto lleva un puñal
mucho en el crimen promete.

BARBIERI. Oh! acabad.

VELARDE. Y en mi ha caido
de la culpa todo el peso:
de mi lealtad por eso
dudar alguno ha podido.
Y he de perdonaros? no,
trama tan vil realizada,
para siempre deshonrada
viera mi memoria yo.
Vuestra la culpa seria,
para mi el castigo fuera,
aun denunciaros pudiera
pero yo, no soy espia.

BARBIERI. Basta ya, y tened presente
que es mi venganza segura.

VELARDE. Miserable! en tu locura
aun osas alzar la frente?
Pues bien: ya que es menester
hoy dejo de ser quien soy
si tu orgullo á hundir no voy
en el polvo.

BARBIERI. Qué irá á hacer?

VELARDE. Porque no dejes mal trecho
el honor de tu bandera,
te arranco esa charretera
que deshonras. *(Lo hace.)*
BARBIERI. Qué habeis hecho? *(Fuera de sí.)*

ESCENA III.

MENDOZA. DAOIZ, VELARDE, BARBIERI.

VELARDE. Gente llega.
BARBIERI. Aun no sabeis, *(con furia reconcentrada)*
quien soy yo; por vuestro mal.
VELARDE. Ocultad bien el puñal,
que el mango asoma ¿no veis?
BARBIERI. Su agudo filo mas tarde
quizá os haga conocer. *(Vase.)*
VELARDE. Antes te hice yo saber
quien es D. Pedro Velarde.
MENDOZA. Capitan, que es esto? hablad,
por qué con el rostro airado
y profiriendo amenazas
ese oficial italiano
se aleja, mientras teneis
su charretera en la mano?
VELARDE. Mi coronel, ese hombre
traidor afecto ostentando
hacia mí, de mis secretos
se hizo dueño y fuí engañado;
el fué quien de vuestra hija
protegió la fuga, incauto
yo tambien entre sus redes
caí, y en tanto el villano
os vendió nuestro secreto.
Esta mañana arrestado
por órden vuestra he venido,
y con sospechas acaso
de traicion.....
MENDOZA. No por mi vida:
á descuido involuntario

y no á traicion, achaqué
de aquesa llave el hallazgo.

DAOIZ. Sospechar de vos traicion!
¿pudiera existir acaso
un traidor en nuestro cuerpo
que es de lealtad dechado?

VELARDE. Cuando del honor se trata
dudar solo es empañarlo.
Pero volviendo á ese hombre
él fué quien con doble engaño
esa llave me arrancó
hoy hallada á un emisario
de Murat: con ese objeto
fingió su ayuda prestarnos
y á no ser porque la suerte
nos protegió, á no dudarlo
el parque quizá estaria
ya del francés en las manos.

MENDOZA. Capitan, pienso que obrasteis
cual debe un noble soldado.
Dadme acá ese distintivo
que yo á sus gefes me encargo
de entregar: y cual merece
será el traidor castigado.
Algo severo tal vez
estuve, y asi os levanto
el arresto: como gefe
harto en esto os satisfago,
y como padre os perdono.
Daoiz, vuestros agravios
olvidad, y como amigo
dad á Velarde la mano.

DAOIZ. Yo....

VELARDE. Coronel, ante todo
sabeis que con pasion amo
á vuestra hija, y D. Luis
es á mi amor un obstáculo.
Quereis desde hoy renunciar (*á Daoiz.*)
al proyecto de enlazaros
con Elena?

DAOIZ. Eso, no á mi,

al coronel preguntádselo,
tiene mi palabra.

MENDOZA. Y vos
que teneis la mia: es llano.
Yo á ceder no estoy dispuesto.

DAOIZ. Yo tampoco.

VELARDE. En ese caso
no podemos ser amigos.

MENDOZA. Qué es eso! (*A un ordenanza que sale con un pliego.*)

ORDENANZA. Un pliego cerrado
para vos.

MENDOZA. Es de la junta
suprema: pronto, veamos. (*Lee.*)

DAOIZ. Hay novedad?

VELARDE. Por la villa
rumores corren estraños.

MENDOZA. Me ordenan que sin tardanza
pues cumple al bien del estado,
vaya á recibir sus órdenes.

VELARDE. Por vergonzosas al diablo (*aparte.*)
las mandára yo.

MENDOZA. Don Luis?
cual mas antiguo os encargo
la seguridad del parque,
teniendo en mi ausencia el mando.
Prudencia, y que sobre todo
nada se haga sin mandato
superior.

DAOIZ. Os lo prometo.

MENDOZA. Me alejo en vos confiado. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DAOIZ, VELARDE.

VELARDE. Lo de siempre, la prudencia,
y en tanto la triste España
sufre de opresion estraña,
la tiránica violencia.
Si el pueblo acudiese á mi

y en vuestro lugar me viera
pardiez, no sé lo que hiciera.

DAOIZ. Yo os lo diré.

VELARDE. Cómo!

DAOIZ. Si.
Obedecer y callar
cual buen soldado.

VELARDE. A fé mia
que yo no se si podria
tanto baldon soportar.
Decid, ¿justo acatar es
al que dice á un pueblo bravo,
«resígnate á ser esclavo
y tras de esclavo francés?»
Si en alguna enfermedad,
un doctor aunque muy bueno
os recetára un veneno
¿lo tomárais? no en verdad.
Yo tambien con entusiasmo
al ver el genio fecundo
de ese soldado que el mundo
de terror llenó y de pasmo;
le aplaudí, grande y leal
su nombre anunció esa aurora,
pero el semidios ahora
cayó de su pedestal.
Aqui astuta nos engaña
la seduccion, la sorpresa.
¿Y quién le ayuda en su empresa?
hijos de la misma España.
Bien sus órdenes ois
cuando todo se derrumba,
«echa una piedra en la tumba
donde yace tu pais.»
Y se les castiga? no;
se les llama afrancesados:
con mucho gusto colgados
de un tronco los viera yo.

DAOIZ. Hablad mas bajo, quizás
os escuchen....

VELARDE. Yo quisiera

que toda España me oyera.
DAOIZ. Oh! basta: no digais mas.
Creeis ser vos solamente
quien sienta en su corazon
fermentar la indignacion?
Os engañais torpemente.
Tambien yo á mi patria llamo
y no contesta, es verdad:
tambien al ver su horfandad
lágrimas de hiel derramo:
por la astucia y por el arte
miro con sorpresa estraña
eclipsar al sol de España
el astro de Bonaparte.
Mas sino brilla ese sol
¿muerto tal vez le creeis?
entonces no conoceis
Velarde al pueblo español:
en la apariencia sereno
tened su reposo en cuenta
que amenaza una tormenta
que allá fermenta en su seno.
Una chispa solamente
y el combustible inflamado,
hará lo que no ha intentado
pueblo alguno hasta el presente.
VELARDE. Yo esa chispa arrojaria
aunque me abrasára luego.
DAOIZ. Temedlo, Velarde; el fuego
no respeta la hidalguia.
VELARDE. En la futura memoria
fuera mi nombre admirado.
DAOIZ. Ved que por el resultado
los hechos juzga la historia.
VELARDE. Oh! mi arrojo secundad,
todo nos brinda al efecto:
ved sino el terrible aspecto
que presenta la ciudad.
Las calles están desiertas,
todo el francés lo conquista,
y se cierran á su vista

las ventanas y las puertas:
solo á veces os asombra
ver deslizarse sañudo
algun embozado, mudo;
terrible como una sombra.
Como yo el rostro tornad;
ú os dirá con su mirada.
«Cobarde: arroja esa espada.»
Cobarde! ¿lo oís?

Daoiz. Callad!
A mi pesar siento arder (*Aparte*)
mi frente con el rubor.

Velarde. Decidios, vuestro honor....

Daoiz. Mi honor es obedecer.
Dejádme ó marcho de aquí.

Velarde. Os juzgaba por mi mismo
D. Luis, con mas patriotismo.

Daoiz. Qué, dudais del mio?

Velarde. Si!

Daoiz. Velarde!

Velarde. Verdad!

Daoiz. Pardiez!
mucha es la paciencia mia.
¿Y tal vez á cobardia
lo atribuyais?

Velarde. Si.... tal vez!

Daoiz. Cómo! (*Sacando la espada.*)

Velarde. Lo dicho. (*lo mismo.*)

Daoiz. Cumplida
satisfaccion, me dareis.

Manolo. (*Fuera*) Eh! yo paso ¿no sabeis
que es aquí muy conocida
mi persona? ¡voto vá!

Velarde. Teneos, gente llegó.

Daoiz. Quién es?

Manolo. (*Fuera.*) Capitan, soy yo.

Daoiz. Que entre.

Manolo. Por fin.... llegué ya. (*Sale.*)

ESCENA V.

Dichos, Manolo.

Daoiz. Velarde!..... (*Envainando.*)
Velarde. Os comprendo bien. (*Hace lo mismo.*)
Daoiz. Esta noche.....
Velarde. Estoy dispuesto.
Manolo. Huy! como sudo!
Daoiz. Qué es esto?
que sucede que así os ven
mis ojos, despavorido?
Manolo. Despavorido! no tal,
capitan: visteis muy mal:
nunca el miedo he conocido.
Mas no sabeis lo que pasa?
Velarde. Decídnos....
Manolo. Por san Francisco!
Vaya, que se ha armado un cisco
que todo Madrid se abrasa.
Velarde. Ya era tiempo. (*Aparte.*)
Manolo. No hay aguante.
Daoiz. Y que ha podido causar.
Manolo. Que se han querido llevar
á la reina y al infante.
Velarde. Es posible!
Manolo. Si que no!
Velarde. Y habeis consentido....
Manolo. Si:
yo mismo llevarlos vi.
Velarde. Y qué hicisteis?
Manolo. Qué se yo!
Velarde. Que sufrais tales reveses!
Sin venganza! miserables!
Manolo. Qué hacer?
Velarde. Son invulnerables
por ventura los franceses!
Manolo. Cá! no señor, la verdad
es que si tantos no fueren...

por lo demas, ellos mueren
con mucha felicidad.
Por esperiencia lo sé
porque he dado pasaporte
á algunos, y hoy en la córte
á muchos mas le daré.
Qué! si viera V. señor
la que en la plaza se ha armado
el pueblo estaba irritado
y al fin sacudió el temor.
Y cuando vió á sus infantes
prisionero ¡buena danza!
contra los guardias se lanza
y hasta cortó los tirantes
del coche; pero fué en vano
porque su caballeria
el gabacho ya tenia
preparada de antemano;
y el pueblo que se encontraba
sin armas, desprevenido,
dejó de sangre teñido
el suelo en que peleaba.

VELARDE. Quedó impune su maldad!

MANOLO. Cá! si el pueblo huyó pidiendo
venganza....

DAOIZ. Si?

MANOLO. Y vá cundiendo
la alarma por la ciudad.
En los barrios los quehaceres
se abandonan por vengarse
y se apresuran á armarse
hombres, niños y mugeres.
Ya sin miedo á otro revés
corren mil grupos con saña
y al grito de «viva España!»
van dando caza al francés:
Este con cara difunta
en vano á ahuyentarlos prueba
pues cada víctima nueva
nuevos defensores junta.
Y si no emprende la huida,

prolongándose la lid,
pienso que en todo Madrid
no queda un francés con vida.

DAOIZ. Y al fin la junta suprema
qué hace?

VELARDE. Á Francia proteger.

DAOIZ. Con calma á su patria ver
en situacion tan estrema!
No lo creo, si española
sangre en sus venas se encierra.
no debe el grito de guerra
demorar ni una hora sola.

VELARDE. No lo espereis: en el nombre
tan solo españoles son:
en cuanto á su corazon
es de Francia, aunque esto asombre

DAOIZ. Los calumniais.

ORDENANZA. Capitan?
este pliego?

DAOIZ. Para mí?
Veamos: tal vez aquí
se disipe nuestro afan. *(Lee.)*

VELARDE. O tal vez eso os convenza
de cuan justo es mi temor:
ya en vuestro rostro el furor
se retrata.

DAOIZ. Qué vergüenza! *(Estrujando el pliego.)*

VELARDE. Y qué dice ese papel?
tal vez lo que yo temia.

DAOIZ. Que el parque de artillería
ausilio no dé al tropel
popular que acaso ya
á este sitio se encamina.

VELARDE. Quien eso á acatar se inclina?

DAOIZ. Yó!

VELARDE. Qué!

DAOIZ. Se obedecerá.
olá! *(Primer sargento.)*

MANOLO. Capitan! *(Suplicando.)*

VELARDE. Qué haceis?

DAOIZ. Cerrad la puerta de entrada *(Al sargento.)*

y para nadie franqueada
será! nadie ¿me entendeis?

SARGENTO. Bien está.

VELARDE. Ved que el momento
no es de obediencia, D. Luis.

DAOIZ. Oh! dejadme, no advertis
que harto, mas que vos lo siento?

VELARDE. Y entonces ¿por qué motivo?....

DAOIZ. Soy militar, mi deber
es tan solo obedecer
las órdenes que recibo.
Nada digais....

VELARDE. Está bien.
Antes de hacerme soldado
nací Español: ya he tomado
mi resolucion tambien. *(Se retira á un lado pensativo.)*

Aqui empieza á oirse el rumor del pueblo á la puerta del parque.

MANOLO. Ya empieza á llegar la gente
por armas: mi capitan.

DAOIZ. Oh! Dejadme voto á san....

Se vé al tio Remacha que se descuelga por la tapia de la derecha.

Pero ¡qué veo! imprudente!
Qué venis á hacer aquí?

MANOLO. Tio Remacha!

ESCENA VII.

Dichos, el TIO REMACHA.

REMACHA. El mismo soy.

DAOIZ. Muy pronto á castigar voy
tu atrevimiento.

REMACHA. Eso si.
Si lo merezco, corriente:
pero señor melitar
nos podremos arreglar
de un modo mas conveniente.

Yo soy hombre de pachorra,
cachazudo: no ha podio
naide decir que yo he sio
nunca amigo é camorra.
Solo una vez, la verdá;
salí á dar cuatro pinchazos,
porque hubo unos bribonazos
que quisieron deshonrá
el nombre español; arisco
me vió hasta el Rey ya defunto
pues tocándome á ese punto
soy mas que hombre un baselisco.
Paece que hoy los gabachos
hacer lo mesmo quisieron,
y al resistir me escogieron
por sus gefes esos muchachos.
Aunque no me gustó mucho,
jugar no quiero el albur
de que me llamen monsiur,
que soy español muchacho.
Por lo mismo y las hablillas
que en tales casos....

DAOIZ. Ya estoy.

REMACHA. Gefe de la turba soy
del barrio é las maravillas.

DAOIZ. (Bajo su esterior comprendo
un gran corazon ahí.)
Y bien; que me importa á mi
todo lo que estais diciendo?

REMACHA. Ya voy señor melitar
Manolo. avisa á esa gente
que calle por san Clemente:
too se lo echa en gritar.

Manolo vá hacia la puerta.

Pues señor, vamos al caso;
cuando rodeao me vi
de la gente, conoci
que sin armas, nengun paso
adelantarse podia;
y de esto al fin convencío
heché de todos seguio

al Parque de artilleria.
Formé mi resolucion
de entrar dentro, y como vi
la puerta cerrada, aquí
me eché por el paredon.
Preciso es que quede
armada esa gente sin tardanza;
que está pidiendo venganza
tanta sangre derramada.
No hay que andar con tornasol,
que mucho esto se dilata,
porque aquí solo se trata
de ser francés ó español.

DAOIZ. (Yo no se que contestar.)

VELARDE. Si persistirá en su empeño!

DAOIZ. Amigo, yo no soy dueño
en este asunto de obrar.
Las órdenes que me han dado....

REMACHA. Seran de apagár la mina....
dejaos de desceplina....

DAOIZ. Nunca la olvida un soldado.
Mi conducta en esto fundo.

REMACHA. Pues sereis nuestro enemigo:
cuando yo una cosa digo
se ha de hacer aunque arda el mundo
Quedad con Dios....

VELARDE. Esperad.
(Tal vez se logre mi intento.)
Don Luis aparte un momento
oidme: y despues obrad. *(Se separan.)*

DAOIZ. No insistais pues será en vano.

VELARDE. Si acaso con mis razones
mudan vuestras intenciones,
en insistir mucho gano.
Al intentar de esta suerte
en revelarme el primero;
¿qué premio pensais que espero
alcanzar? solo la muerte.
Pocos aunque con valor
¿cómo lidiar por igual
con el poder colosal

del francés? solo el honor
del martirio nos espera;
mas me queda la esperanza
de que clamando venganza
se alzará la España entera.
Tal vez el destino impio
en un rincon de la historia
me consagre una memoria

DAOIZ. Oh! qué corazon; Dios mio!

VELARDE. Y bien, vos que no quereis
Daoiz participar
del peligro, sin cesar
una voz escuchareis
repetida en la pelea,
y esa voz....

DAOIZ. Hablad mas quedo.... (*Animándose por grados.*)

VELARDE. Dirá que tubisteis miedo,

DAOIZ. Oh! qué diabólica idea!

VELARDE. Y esa voz os seguirá
por todas partes.

DAOIZ. Qué mengua!

VELARDE. Llegará de lengua en lengua
á deshonraros quizá.

DAOIZ. Yo por el mundo infamado!....

VELARDE. Sufrireis su injusta ley....

DAOIZ. Oh! basta ya: ¡viva el Rey!
Haciendo pedazos la órden.
Abrid al pueblo!

VELARDE. ¡He triunfado!
Viva el capitan!
El pueblo entrando.

REMACHA. Poca bulla y mas corage.
Venid por armas muchachos.
Entran por la puerta izquierda del fondo.

DAOIZ. Sargento, las boca calles
inmediatas cubrireis
con la gente indispensable,
y si los franceses llegan
con el cañon saludales.

El sargento entra por la puerta derecha del foro donde se supone la cuadra de los soldados.

VELARDE. Daoiz, he sido injusto
con vos; y ha poco un ultrage
os hice que yo quisiera
satisfacer con mi sangre.

DAOIZ. Vertedla toda en servicio
de vuestra patria, Velarde.
Yo se perdonar.

VELARDE. Oh! noble
corazon, y cuánto vales!

DAOIZ. Y estais resuelto á morir?

VELARDE. Es la muerte inevitable
pues no podemos triunfar
y fuera el huir, cobarde.
Pero ¿por qué esa pregunta?

DAOIZ. Porque dejais quien derrame
lágrimas en vuestra tumba.

VELARDE. ¡Elena! ¡á qué recordarme!....
pero harto presente estaba
en mi corazon amante.
Don Luis; si por suerte vos
salierais libre....

DAOIZ. Velarde! *(Ofendido.)*

VELARDE. Es verdad, no recordaba
que á hombres de nuestra sangre
no les queda mas recurso
que morir en lances tales.

DAOIZ. Y bien, juntos moriremos.

VELARDE. ¡Cuán poco os conoci antes!
Pocos momentos nos quedan
de vida; una prueba dadme
de que perdonado habeis
tantas injurias.

DAOIZ. Velarde:
pedid la que vos querais.

VELARDE. Vuestros brazos.

DAOIZ. Oh! tomadles. *(Abrazándole.)*

REMACHA. *Saliendo seguido del pueblo que viene armado con sables, fusiles etc.*
Bien! bravo asi eran los hombres
del montin contra Esquilache.

DAOIZ. Basta de debilidad. *(Desasiéndose.)*

REMACHA. Capitan, aqui delante
teneis mi gente ¿qué hacemos?
DAOIZ. Salid fuera y esperadme:
mis órdenes os daré.
REMACHA. Amigos; ya no hay escape (*al pueblo.*)
probad que sois herederos
del valor de vuestros padres,
pues si alguno por desdicha
vuelve la espalda cobarde
al frente del enemigo....
ROMERO. ¿Qué hareis?
REMACHA. Que he de hacer! matarle.
MANOLO. Bien dicho.
REMACHA. Viva el Rey!
TODOS. Viva!
REMACHA. Ea, muchachos: á la calle.

ESCENA VII.

DAOIZ. VELARDE, ELENA *y* ROSA *por la izquierda.*

ROSA. ¡Qué ruido!
ELENA. Velarde!
VELARDE. ¡Elena! (*Yendo hacia ella.*)
DAOIZ. (Oh! que escena dolorosa!
huyamos de aquí.) (*Entra por la derecha del foro.*)
VELARDE. Mi bien!
ELENA. Que es este rumor que asombra
mis oidos?
VELARDE. Desgraciada!
grandes peligros te acosan:
retírate.
ELENA. No lo esperes,
sin saber si debo ahora
temer por tu vida.
VELARDE. No;
pero atiende mi congoja:

retirate: en este sitio
tu presencia me trastorna.

ELENA. No Velarde, tu me engañas:
yo escuché aqui voces sordas
de venganza, algun proyecto
terrible; no me lo escondas
por piedad, si tu me faltas
yo no podré á tu memoria
sobrevivir: si es preciso
á esta infeliz que te adora
olvida infiel, pero vive....

VELARDE. Oh! las fuerzas me abandonan!

Daoiz sale por la puerta derecha del foro seguido de su compañia. Se detiene en el dintel de la puerta y dice con emocion.

DAOIZ. Velarde! ya el enemigo
á nuestras puertas se agolpa.

VELARDE. Voy al punto. (*Volviendo en sí.*)

DAOIZ. A tiempo estais
de elegir entre dos cosas:
aqui el deshonor viviendo,
allí muriendo, la gloria.

Sale Daoiz seguido de los soldados.

VELARDE. Pudiera yo vacilar!
Elena, á Dios.

ELENA. Me abandonas!

VELARDE. ¿Quieres verme deshonrado?

ELENA. No, quiero que no te espongas
á la muerte.

VELARDE. Déjame.

(*Suena un cañonazo al que seguirán otros sin interrupcion mezclados con fusileria hasta el fin del acto.*)

ELENA. ¡Dios mio!

ROSA. ¡Virgen de Atocha!

VELARDE. Ese cañonazo anuncia (*con solemnidad.*)
la independencia Española!

Sosteniendo á Elena que va á caer.

Mi bien!

ELENA. Me faltan las fuerzas.... (*Cae en brazos de Velarde.*)

VELARDE. Ten; te la confio Rosa. (*Deteniéndose.*)

Elena, á Dios para siempre.

Sofocando su emocion y tirando de la espada.

¡Vamos á morir con honra!

ESCENA VIII.

ELENA, ROSA.

ROSA. Señorita, no se mueve....
Volved en vos...., señorita,
tengo miedo.... pero al fin
ya parece que respira....
ELENA. Ay de mi!
ROSA. Vamos.... valor....
ELENA. Se ha marchado!
ROSA. Sin que impida
esto que vuelva otra vez:
no todos mueren por dicha
en los combates: entonces
pocos hombres quedarian.
ELENA. En vano calmarme quieres;
ese rumor me asesina,
el valor tu no conoces
que en su corazon se abriga:
sino vuelve vencedor
muerto tan solo á mi vista
se presentará; Dios mio!
guardarle á mi amor, su vida
por las lágrimas que vierto,
ó en cambio tomad la mia.
Si la patria ante sus aras
inmolarle necesita,
yo necesito salvarle,
yo necesito su vida,
yo no tengo mas que amor
y el amor es egoista.
ROSA. Vaya, á que me haceis llorar?
¿Eso es justo? no en mis dias.

Como si una no tubiera
su inquietud, yo juraria
que anda por aquí Manolo:
donde hay camorra; es precisa
su persona, en cuanto á eso
tiene una nariz muy fina.
Pero ¡caramba! yo nunca
por eso le reñiria;
la patria es antes que todo,
no transijo con gallinas,

ELENA. Y mi padre? dónde está
mi padre? funesto dia!

ROSA. Miradle aquí.

ESCENA IX.

Dichas. MENDOZA *que llega apresurado.*

MENDOZA. Llego tarde!
mis temores se realizan!

ELENA. Padre mio.

MENDOZA. Quien me llama? (*Viendo á Elena.*)
!Qué veo! tú aqui hija mia!

ELENA. Oh! salvadle!

MENDOZA. Lo se todo,
y fuera conducta indigna
retroceder; ayudarle
tu padre tan solo ansia.

ELENA. Os vais tambien á esponer?....
Cesa de repente el fuego.
Pero, ¿nó observais?

MENDOZA. ¡Qué indica
este fúnebre silencio?
Déjame.

ELENA. No, á vuestra hija
tendreis con vos que arrastrar,
y os seguirá muerta ó viva.

MENDOZA. ¡Qué voy á hacer!

ROSA. Se suspende (*mirando por la puerta.*)
el combate, con divisa
blanca en una bayoneta
hacia D. Luis se encamina
un enemigo....

MENDOZA. Sin duda
parlamentan.

ROSA. Ya.... se avistan.
Ah! (*Dando un grito.*)

MENDOZA. ¿Qué sucede?

ROSA. Le han muerto!

Voces fuera. Traicion! traicion! (*El combate prosigue.*)

MENDOZA. Trama indigna!
Ya no puedo detenerme.

ELENA. Ved que basta con dos vidas!

MENDOZA. Suelta ¿quieres deshonrarme?

ELENA. Yo abrazo vuestras rodillas
padre mio.

MENDOZA. No lo soy
pues contra mi honor conspiras?
Basta ya.... pero.... ¡qué veo! (*Desaciéndose de su hija.*)

ESCENA X.

Dichos y el tio REMACHA *seguido de dos hombres del pueblo que conducen en una camilla el cuerpo de Daoiz.*

REMACHA. Señor, veis muerto á un valiente
que el solo valia mas gente
que hay nel mundo segun creo.

MENDOZA. Nunca oficial ciñó espada
con mas honor.

REMACHA. Eso si;
murió á traicion pese á mi:
de frente.... no hubiera nada.

ELENA. Que hace Velarde?....

REMACHA. Me gusta,
¿el? batirse que es un gozo.
ELENA. Le matarán!.....
REMACHA. Ese mozo
tiene un arrojo que asusta.
Pero.... me da mala espina.
MENDOZA. Temeis....
ELENA. Oh Dios!
REMACHA. Con razon:
al ver tamaña traicion
no armó mala chamusquina.
MENDOZA. ¿Quién su indignacion enfrena?
voy á morir con Velarde.

ESCENA XI.

Dichos VELARDE *herido conducido por* MANOLO *y* ROMERO.

ELENA. Cielos! (*Fuera de sí y corriendo á su encuentro.*)
VELARDE. Coronel.... ya es tarde.
ELENA. Velarde! (*corriendo hacia el.*)
VELARDE. ¡Querida Elena!
MENDOZA. Vengar vuestra sangre juro.
ELENA. Vivirás?
VELARDE. Todo es en vano....
el puñal de un italiano
siempre dá el golpe seguro.
ELENA. Barbieri!
MENDOZA. Oh Dios! no prosigas.

Mientras se dicen los versos que siguen, el tio Remacha y Romero salen de la Escena. Se coloca ademas á Velarde en una silla al lado de la camilla donde yace el cadáver de Daoiz: Elena de rodillas le coge una mano que vesa repetidas veces.

MANOLO. Ya su traicion ha pagado,
yo le saqué al renegado
de las filas enemigas.
MENDOZA. No le dejaste difunto?

MANOLO. Mayor mi venganza fué
á la turba le entregué
que pedazos le hizo al punto.

VELARDE. *Que ha estado contemplando el cadáver de Daoiz, y que va por grados perdiendo la voz.*
Yo he sido causa ¡inhumano!
de tu muerte, pero no,
su lealtad le inmoló!....
Dejadme estrechar su mano.

Le acercan la mano de Daoiz que estrecha con emocion.

Amor mio!.... (*volviéndose á Elena.*)

ELENA. Esposo.

MENDOZA. Si.....
vuestra union este momento
consagra.

VELARDE. Muero.... contento....

ELENA. Pierde.... el color.... ¡vuelve en tí!

El pueblo entra precipitadamente en la escena como en retirada: hasta el fin del acto debe figurar que se sostiene el combate en la misma entrada del parque.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, tio REMACHA, MANOLO, *pueblo.*

Varios del pueblo. Nos vencen.

MENDOZA. Que es lo que miro!

REMACHA. Inutil es defenderse;
son muchos.

MENDOZA. Oh! sostenerse
hasta el último suspiro!
Amigos, ya á tantas penas
remedio buscar debemos,
ya es justo de que empecemos
á romper nuestras cadenas:
donde hay un corazon fuerte
la esclavitud no halla asilo,
vamos con pecho tranquilo

á buscar gloria en la muerte.
No en vuestros ojos el llanto,
sí el odio, el furor se lea
y este dia infausto sea
de las naciones espanto.
No atrás volvais el camino
aunque Dios su rayo vibre,
no...... no......

VELARDE. España.... será libre!.... (*espira.*)
Como haciendo el último esfuerzo.

ELENA. Ay!

MENDOZA. ¡Es la voz del destino!
¿Marchitareis su esperanza?
No, libres al fin seremos:
sobre su sangre juremos
venganza, amigos.

TODOS. ¡Venganza!

FIN DE LA COMEDIA.

Catálogo de las obras dramáticas de la propiedad del Circulo Literario Comercial, *estrenadas últimamente en los teatros de esta córte, y con especialidad en el Teatro Español.*

DRAMAS EN TRES Ó MAS ACTOS.

Boadil el chico.
García de Paredes.
Bernardo de Saldaña.
El Dos de mayo.
El Fuego del cielo.
El Cardenal y el ministro.
Sara.
Diego Corrientes ó el Bandido generoso.
Roberto el Normando.
Don Francisco de Quevedo.
Un Juramento.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la loca.
El Bufon del Rey.
El Hijo del Diablo.
Un Voto y una venganza.
Ultimas horas de un Rey.
Juan Bravo el Comunero.
La Reina Sara.
Antonio de Leiva.
Isabel la Católica.

COMEDIAS EN TRES Ó MAS ACTOS.

Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina, ó el diablo de Salamanca.
La Escala de la fortuna.
Capas y sombreros.
Amor con amor se paga.
Un Hidalgo aragonés.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo qué es el mundo!
Todo se queda en casa.
La Voluntad del difunto.
La Ceniza en la frente
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
Un matrimonio á la moda.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Caprichos de la Fortuna.
Achaques del siglo actual.
Embajador y Hechicero (de mágia.)
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
¿Quién es ella?
A quien Dios no le dá hijos.....

DE UNO Y DOS ACTOS.

La Ley sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes qne todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
Otro perro del hortelano.
No mas secreto.
El Vizconde Bartolo.
No hay chanzas con el amor.
Manolito Gazquez.
¡No hay felicidad completa!
El premio de la virtud.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
De casta le viene al galgo.
El Retratista.
Sombra, fantasma y muger.
Percances de un apellido.
El turron de noche-buena.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues, *segunda parte del Corazon de un bandido.*
¡Un ente singular!
La carta del sello negro.
Juan el Perdío.
Un Contrabando.
La Casa deshabitada.
Mi media Naranja.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Clases Pasivas.
Un Angel tutelar.
Cuerpo y sombra.
Las jorobas.

ZARZUELAS.

El Duende.
Colegialas y Soldados.
Misterios de bastidores.
El Alma en pena.
La noche-buena.
Una tarde de toros.



PUNTOS DE VENTA.

Por suscricion 50 por 100 de rebaja.

En Madrid en las librerias de Rios, calle de Carretas, y Cuesta, calle Mayor.

EN PROVINCIAS.

Albacete.	Herrero y Pedron.
Alcalá.	Moreno.
Alcoy.	Martí y Roig.
Algeciras	Castaño y Monet.
Alicante.	Ibarra.
Almaden.	Quiroga.
Almería.	Vergara y comp.
Andujar.	Torre.
Astorga.	Barrio y Gudiel.
Avila.	Aguado.
Badajoz.	Viuda de Carrillo.
Baeza.	Alambra.
Barcelona.	Oliveres.
Bejar.	Olleros.
Benavente.	Fidalgo Blanco.
Bilbao.	Delmas é Hijos.
Burgos.	Villanueva.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	Moraleda.
Calatayud.	Larrága.
Carmona.	Moreno.
Cartagena.	Benedicto.
Castellon.	Moles.
Ciudad-Real. . .	Gonzalez.
Ciudad-Rodrigo .	Perez.
Córdoba.	Manté.
Coria.	Muñoz.
Coruña	Sischká.
Cuenca.	Mariana.
Ecija.	Jimenez.
Ferrol.	Tajonera.
Gerona.	Oliva.
Granada.	Zamora.
Guadalajara. . . .	Perez.
Huelva.	Portefaix.
Huesca.	Viuda de Galindo.
Jaen.	Sacrista y comp.
Jerez, de la Front.	Bueno.
Jijon.	Delgrás.
Leon.	Redondo.
Lérida.	Sol.
Logroño.	Ruiz.
Lugo.	Pujol.
Málaga.	Moya.
Mataró.	Cabot.
Murcia.	Molina.
Ocaña.	Calvillo.
Orense.	Gomez Novoa.
Oviedo.	Longoria.
Palencia.	Camazon.
Palma.	Rullan Hermanos.
Pamplona.	Azpilcueta.
Plasencia.	Pis.
Pontevedra. . . .	Verea Varela.
Puerto de Santa María.	Valderrama.
Reus.	Vidal.
Ronda.	Moreti.
Salamanca.	Oliva.
San Fernando. . .	Meneses.
Santa Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Riesgo.
Santiago.	Sanchez y Rua.
San Sebastian. . .	Baroja.
Segovia.	Alejandro.
Sevilla.	Santigosa.
Soria.	Rioja.
Talavera.	Castro.
Tarragona.	Puigrubí y Canals.
Teruel.	Lopez.
Toledo.	Hernandez.
Toro.	Rodrigez Tejedor.
Trugillo.	Hernandez.
Tuy.	Martinez Gonzalez
Valencia.	Mateu y Garin:
Valladolid.	Rodriguez.
Vigo.	Sotero.
Vitoria.	Ormilugue.
Ubeda.	Sabater.
Zamora.	Pimentel.
Zaragoza.	Polo.

El CIRCULO LITERARIO COMERCIAL se halla establecido en la calle de Fuencarral, número 2, cuarto entresuelo, casa de Astrarena.